

PUNTO
ROJO

B&B



¿ES PELIRROJA LA MUERTE?

burton hare

¿ES PELIRROJA LA MUERTE?

BURTON HARE

¿ES PELIRROJA LA MUERTE?

Colección PUNTO ROJO n.º 61

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRÚGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

DEPOSITO LEGAL B 9.357 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

PRIMERA EDICIÓN: JULIO 1963

© BURTON HARE - 1963

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963**

N. R. 2501/63

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.



CAPÍTULO PRIMERO

El cálido airecillo primaveral agitaba sus cabellos rojos, y algo que no tenía nada que ver con el aire, agitaba también sus caderas de una manera voluptuosa, tanto que hacía más de dos minutos que yo andaba detrás de ella como un perrito faldero. No es que la fuera siguiendo —no soy un conquistador de acera—, pero los dos llevábamos el mismo camino y resultaba un recreo para la vista mirarla mientras andaba.

Y no era yo solo el que quedaba prendido de sus encantos. La pelirroja poseía ese tipo que prodigan las revistas, con redondeces sobrantes como para prestarle un poco a otra más necesitada.

Caminaba con paso vivo, balanceando el cuerpo y agitando airosamente la cabeza, desafiante, sabiéndose dueña absoluta de la acera. En su mano izquierda llevaba un bolso que hacía juego con su vestido rojizo; un vestido que se adaptaba a su cuerpo con tanta presión como me habría adaptado yo, de haber podido.

Cada vez que pasaba por debajo de un farol, o ante un escaparate iluminado, sus cabellos lanzaban destellos llameantes y uno podía admirar más detalladamente sus encantos. Por eso, cuando nos acercamos a la iluminada fachada del «Ambassador» agucé la mirada dispuesto a no perderme detalle.

El portero del cabaret también la vio acercarse y su galoneada figura se irguió. Apresuré un poco el paso, deseando verla de más cerca. Pero delante de mí descubrí a un tipo escuchimizado que por lo visto también había pensado lo mismo. El hombre se acercó a ella por detrás, un poco inclinado, como si se dispusiera a emprender una carrera. No me gustó su actitud, pero antes siquiera de que hubiera podido adivinar sus intenciones, el delgado individuo saltó sobre ella, la apartó de un empujón y se apoderó de su bolso, todo en menos de dos segundos. La mujer lanzó un chillido de espanto y se volvió, pero ya el atacante corría hacia el centro de la calle.

Yo también empecé a correr, pero me detuve casi en el mismo instante al ver cómo un coche aflojaba la marcha y el ladrón saltaba dentro de él. Se cerró, la portezuela y su golpe sonó en la calle como un disparo... Y tras el golpe, fueron verdaderos disparos los que atronaron el aire sembrando la confusión y la muerte.

Habían quedado muy atrás los tiempos en que un ataque de esta naturaleza podía ir dedicado a mí. No obstante, me lancé en plancha y fui a aterrizar junto a la pared más cercana y allí me quedé, acurrucado y esperando que se alejase la tormenta.

Después de la andanada cayó un extraño silencio, como si se hubiera hecho el vacío total a mí alrededor. Después, y coincidiendo con mi movimiento al levantarme, comenzaron a elevarse los gritos del portero con uniforme de almirante. A éste se le unieron otros y pronto la calle estuvo convertida en un coro de voces disonantes y aterrorizadas. Un silbato aulló no muy lejos. Alguien pasó rozándome y empujándome contra la pared...

Y yo ni siquiera advertí el batacazo. Estaba mirando el cuerpo inerte de la pelirroja, desangrándose sobre las baldosas lo mismo que una res apuntillada.

La muchacha estaba muerta. No era necesario acercarse a ella para comprenderlo. Sin embargo, me acerqué. Llegué a su lado al mismo tiempo que un policía de uniforme que soplabla en su silbato como si tuviéramos sobre nuestras cabezas una formación de bombarderos rusos.

—¡Apártense, fuera de aquí! —empezó a gritar cuando estuvo al lado de la mujer muerta.

La gente no le hizo ningún caso. Yo miraba el cadáver como hipnotizado, aturdido por la rapidez con que había sucedido todo. Ni siquiera advertí la llegada de otros policías hasta que uno de ellos me empujó brutalmente hasta casi derribarme. Los agentes seguían gritando a la gente que se apartase, pero si no empujaban nadie daba un paso atrás.

Retrocedí y fui a colocarme junto a la entrada del cabaret. Encendí un cigarrillo y contemplé los inútiles esfuerzos de los polizontes para mantener a la gente apartada. Solamente dejaron paso cuando llegó un

coche policíaco y dos hombres de paisano saltaron de él con actitud resuelta.

El almirante se acercó adonde yo estaba. El hombre estaba pálido y temblaba igual que si los pistoleros hubieran disparado contra él.

—¡Dios santo! —suspiró—. ¿Lo ha visto usted?

—Sí.

—Ha sido terrible. Pobre muchacha...

Los dos policías de paisano habían desaparecido dentro del círculo de curiosos. A mi lado, el portero volvió a la carga. Dijo:

—No tenían por qué haberla matado. Ya se habían apoderado de su bolso, malditos hijos de una...

—¿Ha visto usted al tipo que le ha arrebatado el bolso? —le interrumpí.

—Sí. Era un fulano muy delgado y con la cara blanca como el papel. Parecía tuberculoso.

—Así me ha parecido a mí también.

Al fin, los agentes consiguieron apartar a la gente lo suficiente para que los dos de paisano quedasen a la vista. Uno de ellos se irguió y miró a su alrededor con ojos escrutadores, igual que si esperase ver entre nosotros al asesino de la muchacha. Y entonces di un respingo. Creo que él me vio al mismo tiempo y también demostró su sorpresa antes de decidirse a avanzar hacia mí.

—Jerry Lane —murmuró cuando estuvo a mí lado.

—Y tú eres Paul Staples —dije.

—Ya ves, me encuentras en plena faena... —Sonrió forzosamente y cambió de tema—. No sabía que estabas en la ciudad, Jerry.

—Llegué hace algún tiempo. Me ofrecieron un trabajo aquí y me trasladé. Y a ti, ¿cómo te ha ido?

—No me puedo quejar. Aunque si en aquellos tiempos alguien me hubiera dicho que después de licenciarme y después de lo que habíamos pasado, iba a meterme a policía, te aseguro que le hubiera partido la crisma. Sin embargo, ya ves, sigo metido en harina.

—Ya lo veo.

—¿Has presenciado el tiroteo? —quiso saber.

—Sí.

Saqué el paquete de cigarrillos y le ofrecí uno. Después de prenderles fuego, murmuró:

—Por lo menos cuento con un testigo fidedigno... Cuéntame cómo ha sucedido esto.

Le conté lo que yo había visto, que no era mucho. El masculló:

—No tiene sentido. Es una completa estupidez. Si el tipo quería su bolso y se apoderó de él, ¿por qué balear a la muchacha?

—Hay algo muy raro en todo esto —opine—. Un vulgar ratero no

tiene cómplices que posean un «Cadillac» último modelo. Esta operación se ha planeado desde un principio contando con matar a la pelirroja.

—Pero para robar un bolso...

—¿Quién sabe lo que llevaba en él? Y después de todo, no sabes una palabra de ella tampoco.

—No, claro que no. Y me imagino que no será fácil averiguarlo.

Tiró el cigarrillo a medio fumar y lo aplastó con el pie rabiosamente.

—Este es un trabajo nauseabundo, Jerry. Crímenes y más crímenes, y la mitad de ellos sin resolver. ¡Condenado oficio!

—Eso no dice mucho en favor de la policía, Paul —ironicé.

—Puedes burlarte, pero es así. Tenemos las manos atadas la mayoría de las veces, y cuando no es así, sale el fiscal con sus investigadores y nos echa a un lado para llevarse los laureles. Naturalmente, él vive de las elecciones y la publicidad. Nosotros vivimos de la paga y gracias. ¡Quién tenía que decirme a mí que...!

Le atajé con un ademán.

—No me impresionas, Paul —dije, riendo—. Antes también eras un gruñón. Sin embargo, eras el mejor elemento del grupo.

—No me recuerdes aquello, por favor.

Uno de los agentes se acercó a nosotros y le habló a Paul en voz baja.

—Bien, voy enseguida —gruñó él. Y volviéndose hacia mí, explicó—: Ha llegado el capitán y están esperando al forense de un instante a otro. Tengo que dejarte, pero me gustaría verte en otra ocasión con más calma. ¿Qué dices a eso, Jerry?

—Vivo en el número setenta de Morton Street, en el Village. Puedes buscarme cuando quieras.

—Lo haré. En cuanto a declarar en la encuesta, Jerry...

—Olvidalo. Ya te he contado todo lo que he visto. No tengo por qué repetirlo ante un montón de papanatas.

—Okey, viejo. No te meteré en esto.

Le contemplé mientras se alejaba. Me pareció más envejecido entonces, como si se dirigiera a su propio funeral. Imaginé que el capitán le exigiría trabajo extra para resolver el crimen cuanto antes y eso debía amargarle lo suyo.

La voz del portero desplazó mis reflexiones:

—¿Qué dice la policía?

—¿Y usted lo pregunta? Ellos saben menos que nosotros todavía. Ni siquiera lo han visto.

Me di cuenta que necesitaba un trago para quitarme la impresión y me encaminé a la entrada del cabaret... El almirante masculló entre dientes:

—Buen negocio esta noche. La gente ha invadido el local después del suceso.

Le dejé sin esperar el resto de su frase.

El bar estaba muy concurrido. No obstante, la mitad de las mesas estaban vacías. Nadie bailaba, a pesar de que la orquesta hacía lo que podía para animar a la gente a hacerlo. Todo el mundo estaba ocupado comentando el bárbaro crimen, y en el mostrador las conversaciones eran apasionadas. Todos se habían formado una idea particular de lo sucedido y se empeñaban en expresarla a los demás.

Me acodé en una esquina del bar y pedí un *whisky*, con la esperanza de que el licor ahuyentase de mí la sensación de vacío que sentía en el estómago. No podía hacerme a la idea de que la pelirroja estaba muerta, después del rato que había pasado mirándola.

Sin embargo, no había duda sobre esto.

—Un «Manhattan», por favor.

La voz que acababa de pedir la bebida era tan acariciadora como las manos de una muchacha. Y había sonado a mí lado, casi en mi misma oreja.

Volví la cabeza. Era una mujer de silueta exuberante, cuello mórbido y boca grande y roja. Todo en ella era excepcional, hasta su vestido escarlata respecto al cual uno se preguntaba cómo diablos habría hecho ella para meterse dentro de él.

El mozo voló para complimentar el pedido. La mujer giró la cabeza mirando a su alrededor con gesto displicente y nuestros ojos se encontraron. Durante un fugaz instante me examinó sin ningún interés particular, y enseguida continuó con su examen general. Bien, yo había podido ver que poseía los ojos más grandes y más verdes que había contemplado en toda mi vida.

La contemplé mientras saboreaba su «Manhattan». Otros hombres la contemplaban también. Algunos la desnudaban con la mirada. Yo hubiera deseado hacerlo, pero no precisamente con la mirada.

Hice señas al mozo para que volviera a llenar mi vaso. La hermosa pelirroja aprovechó que el *barman* revoloteaba por allí cerca y le preguntó:

—¿Qué ha pasado ahí fuera? He visto una ambulancia, y la policía despejando a la gente...

—Han asesinado a una mujer —explicó el hombre—. Cuando yo he salido ya estaba muerta, pero dicen que ha sido para robarle el bolso.

La pelirroja se estremeció. Antes que pudiera decir una palabra aproveché la ocasión para entablar contacto.

—Yo he visto cómo ha sucedido —dije—. La han acribillado desde un coche. Antes que eso ya le habían arrebatado el bolso.

Ella me miró con una chispa de interés en sus hermosas pupilas y me invitó a seguir contando lo que había visto. Lo hice, adornándolo con algunos detalles tremebundos de mi propia cosecha, de manera que su emoción subió algunos grados en mi provecho.

Cuando terminé parpadeó, impresionada.

—¡Qué terrible! —murmuró, con voz temblorosa—. ¿Por qué la habrán matado, si ya se habían apoderado de lo que querían?

No tenía respuesta para esa pregunta, de manera que hice un comentario sobre el gangsterismo que imperaba en nuestra ciudad. Ella estuvo de acuerdo en esto y de una cosa pasamos a otra. Diez minutos después, cualquiera hubiese dicho que llevábamos horas juntos.

—Mi nombre es Jerry —le informé al final.

—El mío Roxana, aunque todo el mundo me llama Roxy.

—Muy bien, Roxy. ¿Qué tal vendría ahora una copa?

—He tomado dos... pero el tres es, un número que me gusta.

—Me alegra que coincidamos en nuestros gustos. A mí también me resulta simpático ese número —aprobé, haciendo una seña al *barman*.

Pedí otro *whisky* para mí y un «Manhattan» para ella. Hasta que el mozo se alejó no volvimos a hablar. Entonces levanté la copa en una parodia de brindis.

—Por nosotros y esta noche —dije.

—Por nosotros —respondió.

Bebimos. Poco después nos habíamos olvidado de nuestras preferencias por el número tres. Estábamos dando cuenta de la quinta bebida y ella me hablaba de su trabajo como modelo con no sé qué fotógrafo publicitario.

Yo también le hablé de mí trabajo, de mi actuación en Corea y de lo solo que me encontraba. En eso coincidimos también pues ella vivía sola en un pequeño apartamento.

A partir de esas confidencias, comprendí que tenía mucho terreno ganado para llevar a la práctica mis anteriores ideas.

Era el momento de invitarla a bailar y lo hice. Tenerla en brazos durante el baile resultaba un impacto tan demoledor como un proyectil de «bazooka». También el perfume que se desprendía de su piel era más embriagador que los *whisky* que llevaba engullidos.

El suave roce de su mejilla en la mía contribuía también a que mi presión arterial se encabritase como un potro salvaje. El brindis anterior estaba dando resultado.

Al regresar al mostrador parecía que éramos amigos de toda la vida. Volvimos a brindar, a beber y a bailar, todo ello incontables veces. Ni siquiera me acordaba ya de la mujer asesinada en la acera. Pero ella debía recordarla, porque, de vez en cuando se estremecía y lanzaba— miradas penetrantes a su alrededor.

La situación era como para forjarse algunas ilusiones respecto al resto de la noche. Yo me las forjé.

Estábamos bailando de nuevo cuando propuse:

—¿Qué te parece si nos vamos al terminar este baile?

—¿A dónde?

—Te permito que lo decidas tú, siempre que escojas un lugar desierto.

Echó la cabeza hacia atrás y rió. Sus dientes destellaron como diamantes entre el rojo sangre de su boca. Empezaba a ser hora de besarla, pero había demasiada gente a nuestro alrededor.

Al fin murmuró:

—Creo que sé el lugar que tú deseas.

—Seguro. Me he dado cuenta de que nuestros gustos son afines.

Terminó el baile. Roxy susurró:

—Perdóname un instante, ¿quieres? Solo el tiempo de empolverarme la nariz.

—No tardes.

—Encarga el último «Manhattan» de la noche para mí...

Regresé solo al mostrador y encargué las bebidas. Me encontraba en ese estado en que un hombre empieza a creerse el rey del mundo, capaz de las mayores hazañas, siempre que esas hazañas estén representadas por una mujer hermosa.

Me dije que tenía tiempo de vaciar el vaso y llenarle otra vez antes de que ella regresara. Lo hice así y el mozo acudió, diligente, para volver a dejar las cosas tal como debían estar.

Una hora más tarde seguían estando exactamente igual.

CAPÍTULO II

Contemplé el abandonado «Manhattan» con una sensación de tristeza. Roxy me había tomado el pelo. Vacié otro *whisky* como despedida, pagué el gasto y mi amargura subió de punto al ver la cuenta. Me había olvidado totalmente de que el «Ambassador» es un local de lujo.

El mozo me miró con burlona conmiseración cuando me alejé del mostrador. Hubiera deseado tener a Roxy lo bastante cerca para poderle decir lo que opinaba de ella. Pero seguramente se encontraría ya en su casa, riéndose a mandíbula batiente del estúpido que le había pagado el gasto.

En fin, borrón y cuenta nueva. En el mundo hay algunas mujeres más, aparte de la pelirroja Roxana.

Cuando salí, el portero no estaba a la vista, de manera que tampoco pude preguntarle cuánto tiempo hacia que la muchacha había salido. Me alejé malhumorado y andando con paso poco seguro a causa de los numerosos *whiskys* ingeridos. Mi cabeza tampoco estaba muy ciara, de manera que en cuanto la apoyé en la almohada quedé dormido como un tronco.

Tuve pesadillas durante el sueño. Se me aparecía la mujer asesinada, mostrándome las heridas de bala con un dedo rígido y blanco. Después me obligaba a abrazarme a ella y bailábamos al son de una orquesta formada por monstruos sin rostro y cuyos instrumentos eran el clásico fusil ametrallador conocido por «tommy-gum». Cuando me separaba de la muerta, mi traje quedaba empapado en sangre y ella se reía locamente mientras se alejaba; esfumándose entre una roja niebla.

Cuando desperté tenía la garganta seca como el esparto y un dolor de cabeza tremendo. Hacía mucho tiempo que no sufría una resaca tan feroz. Ni la ducha helada logró alejar de mí la sensación de cansancio, y necesité dos grandes tazas de café negro para quitarme el mal sabor de boca.

El traje que había llevado la noche anterior estaba sobre una silla,

tirado de cualquier manera, hecho un montón informe, arrugado y con más de una mancha. Gruñí mi descontento y lo dejé allí. Me vestí con otro gris, limpio y planchado recientemente. Luchaba para alejar de mi cerebro los recuerdos de la noche pasada. Los del asesinato, porque me resultaban desagradables, y los de mi fallida conquista porque hacían sentirme en ridículo.

Estaba terminando de prepararme otra taza de café cuando sonó el teléfono. Mi voz resultó todavía un poco ronca cuando indagué:

—¿Quién llama?

—¿Jerry?

Sentí una sacudida en todos mis nervios al reconocer la voz de la pelirroja.

—Hola, Cenicienta —gruñí—. Todavía hay un «Manhattan» esperándote.

—Jerry... —me atajó con mimo.

—Y un estúpido —proseguí, secamente—, que te esperó toda la noche.

—¿Estás enfadado, Jerry?

—¿Por qué habría de estarlo? Son cosas que pasan, supongo.

—Quiero decirte que me vi obligada a dejarte contra mi voluntad. No pude regresar a tu lado a pesar de desearlo...

—Seguro. Y tampoco pudiste despedirte.

—Ya te he dicho que no. Tuve que marcharme apresuradamente y...

—Había camareros allí. Cualquiera de ellos hubiera llevado el encargo sin pestañear.

—No pude... ¡Oh, Jerry! ¿No me crees?

—No.

La oí suspirar. Me pregunté a qué obedecería su interés por disculparse. Tuve que reconocer que incluso su voz me gustaba mucho más de lo que era de esperar después de su jugarreta.

Ella volvió a hablar, rompiendo mis reflexiones.

—¿Qué vas a hacer esta mañana? —indagó.

—No veo que eso pueda importarte a ti. Además, si pretendes que te espere en alguna parte quítate la idea de la cabeza. Con una vez es bastante para mí.

—No puedo verte esta mañana, Jerry, aunque Dios sabe cuánto lo deseo. Pero podemos encontrarnos esta tarde, en el lugar que tú prefieras.

—No, gracias.

—Jerry... Quiero explicártelo todo —suplicó—. No puedo soportar la idea de que me odies.

—¿Odiarte? ¿De dónde sacas esa estúpida idea? No puedo odiarte por una broma, y tu plantón no es más que una broma de mal gusto. Y si no tienes nada más que decirme...

—¡Espera, Jerry! —gritó.

—¿Qué ocurre ahora?

—Me gustó tu compañía... —Su voz se convirtió en una susurrante caricia, insinuante y sensual—. He pensado mucho en ti, te he imaginado tal como te vi anoche... Ahora mismo...

—¿Ahora mismo qué? —gruñí al ver que se interrumpía.

—Ahora mismo me parece estar viéndote... Como anoche... ¿Llevas el mismo traje?

—No, otro. Pero todo esto es idiota, Roxy. Adiós.

—¡Espera, Jerry!

Colgué.

Acababa de hacerlo cuando mi mano voló en busca del auricular impulsada por una súbita idea. Pero ella había colgado también y deposité de nuevo el aparato en su sitio lentamente, mientras trataba de adivinar cómo demonios había ella conseguido mi número de teléfono. Yo estaba seguro de que, aparte de informarla de que me llamaba Jerry, no le había dicho una palabra que le permitiera identificar mi identidad. Sin embargo, ahí estaba su desconcertante llamada.

Empecé a pensar que allí había algo fuera de lo corriente. Incluso me di cuenta entonces de que Roxy se había mostrado muy nerviosa en algunos momentos de la noche anterior, aunque lo atribuí a la bebida y a mi proximidad.

De todas formas, no me gustaba nada la idea de que la mujer aquella pudiera llamarme siempre que le viniera en gana.

Era tarde. Dejé la taza en la fregadera y me encaminé a la puerta. Y en ese instante alguien llamó en ella.

Bien, por lo visto todo el mundo se había puesto de acuerdo en amargarme el día. Abrí y me encontré ante un tipo de mediana estatura, anchas espaldas y cara de perro de presa. Detrás de él había otro al que no podía distinguir bien a causa de la escasa luz del rellano.

El que estaba más cerca dijo:

—Tenemos que hablar con usted.

Y empezó a entrar.

No me moví, cerrándole el paso. No me gustaban sus modales.

—Un momento —le atajé—. ¿Qué diablos...?

No vi venir el golpe. Realmente, ni lo sospeché siquiera hasta que su puño estalló en mi mentón y me lanzó de espaldas al centro de la estancia.

Desde el suelo, con una bruma flotando ante mi mirada, les vi como cerraban la puerta y entraban igual que si estuvieran en su propia casa. Notaba la sensación de que el mentón oscilaba, separado de mi cara, y el suelo oscilaba debajo de mí.

—No nos obligue a hacerle daño —graznó el que me había golpeado—. No queremos armar ruido... si podemos evitarlo.

La bruma iba aclarándose, aunque el dolor del golpe seguía en

aumento.

Y en aquel instante una corriente helada subió por mí espalda al reconocer al segundo visitante.

Era el tipo con cara de tuberculoso que había arrebatado el bolso a la pelirroja asesinada. ¿Qué infiernos estaba ocurriendo a mí alrededor sin yo saberlo?

El matón volvió a tomar la palabra:

—Hemos venido en busca del paquetito. Usted va a ser buen chico y va a dárnoslo sin resistencia, porque de lo contrario le sucederá algo tan desagradable que deseará no haber nacido. ¿Está claro?

—¿Claro? —mascullé—. ¿De qué condenado paquete están hablando?

Se miraron los dos. En los helados ojos del tuberculoso refulgió durante un instante una luz homicida que acabó de borrar de ellos toda expresión humana, si es que antes había alguna.

—Si empieza así lo pasará muy mal —amenazó el tuberculoso, sonriendo con una mueca—. Aunque, a decir verdad, lo prefiero así.

Hundió la mano en un bolsillo y la sacó armada con una navaja de resorte. Con seco chasquido, la hoja saltó fuera del mango y la luz arrancó destellos brillantes al acero. La sensación helada en mi espalda se agudizó.

El más corpulento hizo un ademán destinado a contener a su compinche y volvió a la carga.

—Mi amigo es un tanto impetuoso, pero yo prefiero las soluciones amistosas. Son más silenciosas y dan mejores resultados. ¿Quiere decirnos dónde ha escondido el paquetito?

—Le repito que no sé de qué me están hablando. Y a todo esto, ¿quiénes son ustedes?

Ninguno de los dos respondió a mi pregunta. El del cuchillo avanzó despacio, con sus ojos de asesino fijos en mí. Una helada sonrisa distendía sus labios sin sangre. Se adivinaba que semejante clase de trabajo era un placer para él.

—Cambiará muy pronto —rezongó el gordo.

Comencé a levantarme lentamente, sin quitarle ojo al tuberculoso. No iba a dejar que me clavase el cuchillo sin tratar de defenderme. Por eso, cuando inició una torpe finta amenazando mi cuello comprendí que aquello no era más que una treta y me dejé caer hacia el mismo lado que él amenazaba. Acerté. No quería matarme. Muerto no les servía para sus propósitos, fueran estos los que fuesen.

Mi movimiento le había desconcertado, ya que él había imaginado que yo esquivaría hacia el otro lado, de manera que su mano, maquinalmente, se dirigió hacia donde había planeado y no encontró más que el vacío. En el mismo instante le disparé un puntapié que le alcanzó un palmo más abajo de la rodilla.

El bastardo aulló de dolor y se retorció, saltando sobre un pie, pero sin

abandonar su maldita navaja. Su compañero lanzó una maldición y extrajo un revólver de cañón corto.

—¡Quieto, estúpido! —ordenó.

El revólver era un buen argumento para obedecerle, pero yo dudaba de que estuviera dispuesto a disparar. Así es que, sin hacerle ningún caso, puse mis puños en acción y machaqué la cara del tuberculoso con un par de golpes precisos que le hicieron crujir los huesos y le lanzaron contra la pared. Esta vez el cuchillo escapó de sus dedos, yendo a parar al otro extremo del cuarto.

No esperé a ver cómo terminaba su vuelo y me volví para enfrentarme al otro, que se me venía encima con el revólver enarbolado a manera de maza. El primer golpe pasó rozando mi oreja y aprovechó su propio impulso para hundirle mi puño en su estómago.

Tuve el placer de verle boquear igual que un pez fuera del agua. Pensé que si lograba apoderarme de su revólver estaba salvado y me lancé sobre él, dispuesto a enseñarle a luchar cuerpo a cuerpo. Y ese deseo de ilustrarle me resultó fatal, por cuanto no me di cuenta de los movimientos de su compinche. La primera noticia que tuve de él fue un golpe en mi nuca que me hizo caer de rodillas. El tipo empleaba un «rompecabezas» de profesional. Volvió a emplearlo contra mi cabeza. Vi las baldosas subir a mí encuentro y las golpeé con toda la cara.

Una catarata de maldiciones brotó de los rotos labios del amante del cuchillo. Adornó sus blasfemias con algunos golpes propinados sobre mis costillas con la puntera de sus zapatos, de manera que si alguna energía quedaba en mi cuerpo se esfumó totalmente.

No sé cuántos minutos permanecí sin conocimiento, pero la primera sensación que experimenté después del bache habido en mi mente fue de dolor en todo el cuerpo. Después percibí voces excitadas a mí alrededor, y me sorprendió identificar la mayoría como pertenecientes a mujeres.

Abrí los ojos, no sin esfuerzo, y me encontré rodeado de hombres y mujeres. Eran mis vecinos.

Entre dos de ellos me ayudaron a llegar hasta la cama. Me derrumbé sobre ella como un fardo. Entonces pregunté:

—¿Dónde están esos dos tipos?

Uno de los presentes se encargó de explicármelo:

—Han salido corriendo cuando la señora Bowles ha abierto la puerta con su llave. Ha estado usted de suerte, míster Lane, porque uno de ellos empuñaba un revólver y el otro un cuchillo...

La, señora Bowles era la mujer encargada de la limpieza de mi apartamento, y como es lógico, tenía una llave del mismo. Estaba allí, mirándome asustada y sin comprender todavía lo que había sucedido. Entonces habló.

—Le he visto a usted tendido en el suelo y en el primer momento he

pensado que estaba muerto. Aquellos dos hombres tenían armas en las manos, ¿comprende? Por lo tanto, me he puesto a chillar tan fuerte como he podido. Eso les ha hecho salir corriendo. Me han apartado de un empujón...

—Yo los he visto bajar las escaleras como locos —intervino otro de los curiosos—. Le aseguro a usted que no dejaban lugar a dudas sobre lo que estaban dispuestos a hacer con el que tratase de detenerlos.

Después de estos comentarios llegaron a la conclusión de que había que avisar a la policía, pero lo impedí diciéndoles que no valía la pena, que aquellos bastardos eran un par de ladrones vulgares y que lo más seguro era que nadie lograra echarles la vista encima después de su escapada.

Respiré, aliviado, cuando vi que daban por buena esta explicación y empezaban a largarse hablando animadamente entre ellos.

Pero mi satisfacción duró poco. Tan poco que apenas si su duración fue de segundos, por cuanto, mirando con curiosidad a los últimos que abandonaban el apartamento, Paul Staples expresaba claramente su extrañeza ante aquel desfile.

Cuando el último hubo salido, mi antiguo camarada cerró suavemente la puerta y vino hacia mí.

—¿Qué diablos significa esto, Jerry? ¿Estás enfermo?

—Puedes llamarlo así si quieres, pero la verdad es que estoy molido.

Al acercarse descubrió las señales de mi pelea y sonrió entre burlón y curioso.

—Así que te has peleado, ¿eh, Jerry?

—Seguro.

—Y has llevado la peor parte, a juzgar por lo que veo.

—Yo no diría eso. Ellos también han encajado lo suyo, antes de tumbarme con un «rompecabezas».

—¡Diablo! ¿Es que te han asaltado?

—Exactamente.

—¿Ladrones?

Dudé entre decirle la verdad o contarle el mismo cuento que a los demás. Al fin decidí que era mejor decírselo y ver qué conclusiones sacaba de él.

—Desde luego —dije—, venían en busca de algo, aunque maldito si sé lo que es. Han hablado de un paquete, pero no me han dicho qué clase de paquete andan buscando ni por qué demonios creen que lo tengo yo. En cuanto a si te refieres a ladrones vulgares en busca de dinero, puedo jurarte que no eran de esa clase.

—Eso salta a la vista. Los ladrones no suelen actuar de una manera tan burda y arriesgada. ¿Qué es lo que te han dicho?

Le conté rápidamente las palabras que recordaba, y cuando terminé,

Paul rezongó:

—Ya trataremos de echarles el guante. Ahora lo importante es averiguar de qué paquete han hablado. ¿No tienes idea de lo que puede ser?

—Ninguna en absoluto.

—Podemos suponer que si ellos han hablado de un paquetito, debe tratarse de algo pequeño...

—Muy bien, pero lo grande sería adivinar también qué contiene.

Gruñó, disgustado. Dio unos pasos de un lado a otro y de pronto quedó quieto, frente a mí.

—Y dices que no sabes una palabra de todo este embrollo, ¿eh?

—Ninguna en absoluto.

—Entonces debe tratarse de un error de esos tipos. Probablemente se trata de rateros que te han confundido con alguien de su calaña al que se proponían arrebatarle el botín de algún golpe...

—Narices.

—¿Qué?

—Uno de ellos por lo menos es un asesino nato —afirmé.

—¿Cómo lo sabes?

—He visto sus ojos. Eran témpanos de hielo. Muertos, ¿comprendes? Igual que los ojos de un pescado.

—Bueno, pero...

Le interrumpí con un ademán. Le miré a la cara para ver la impresión que le causaba lo que iba a decirle:

Y lo dije:

—El alto y delgado, Paul, era el mismo que arrebató el bolso a la pelirroja antes de que fuera asesinada. El mismo tipejo que saltó dentro del coche desde el cual dispararon.

Se impresionó. ¡Vaya si se impresionó! Dio un respingo y la sangre coloreó sus mejillas.

—Eso cambia las cosas —masculló, pensativo—. Supongo que estás seguro de lo que dices, Jerry...

—Totalmente seguro.

—Muy bien. He estado trabajando en ese crimen hasta saber todo lo que es humanamente posible sobre él. Y no he averiguado nada en absoluto, lo cual quiere decir que se trata de algo tan importante que está dirigido por un cerebro de primera. Está tan bien dirigido, Paul, que ni siquiera hemos podido establecer la identidad de la mujer asesinada, ni saber dónde vivía, ni si trabajaba en alguna parte. En fin, estamos sin una sola pista, si exceptuamos a ese asesino tuberculoso de que hablas.

—Eso aumenta su importancia —comenté.

—Y la tuya.

No me gustó nada ese comentario. Dije:

—Te refieres a que yo le conozco, ¿no es eso?

—Exactamente. Tú eres el único que puede identificarle. Tal vez él no lo sabe, de lo contrario dudo de que te hubieran dejado vivo cuando te han tenido tan a mano. Pero en cuanto empiecen a atar cabos, Jerry, apuesto a que llegan a la conclusión de que necesitan cerrarte la boca para sentirse seguros.

—Eso no me satisface precisamente...

—Ni a mí. Y ahora, volviendo al dichoso «paquetito»... ¿Qué demonios les ha podido dar la idea de que lo tienes tú?

—Que me registren.

—¿Te vieron hablar con la pelirroja en algún momento?

—¿A mí? Ni siquiera me acerqué a ella. Me limité a contemplarla mientras andaba delante de mí. Era digna de verse.

Sonrió entre dientes.

—Era algo más que eso. La he visto en el depósito antes que el matasanos se metiera con ella...

Calló y reanudó sus nerviosos paseos de un lado a otro de la habitación. Para detenerle pregunté:

—¿Tú crees que volverán a intentar apoderarse de ese paquete?

—Estoy casi seguro. Tal como yo veo la cosa, arrebataron el bolso de la pelirroja precisamente para apoderarse de ese paquete, que ellos pensaban que llevaba la muchacha. Luego la mataron, o bien como venganza o para cerrarle la boca. Sea como sea, no encontraron lo que buscaban en el bolso y por alguna extraña piruetta del destino han llegado a la conclusión de que tú eres el feliz poseedor de eso que tanto despierta su interés. Así las cosas, es seguro que realizarán un nuevo intento para darte quebraderos de cabeza.

—No es un porvenir muy halagüeño, Paul...

—Apuesto que tendrás que recordar los viejos tiempos. Después de todo, nosotros adquirimos entonces cierta experiencia en esos trotes, ¿no es cierto?

—Todo eso lo tengo olvidado ya, Paul. Hace demasiado tiempo de esta clase de aventuras. La C. I. A. quedó muy atrás para mí.

—Sin embargo, será mejor que empieces a recordar lo que nos enseñaron entonces, sobre todo si no conseguimos echarle el guante a ese criminal con cara de tuberculoso. Y tampoco estaría de más que te estrujases un poco el cerebro en busca de la razón por la cual han llegado a la conclusión de que tú tienes lo que ellos quieren. Eso ayudaría a terminar con esos bastardos.

—No me cabe duda de que tienes razón. Lo malo es que no se me ocurre nada que pueda ayudarnos...

Me interrumpí, porque de repente se me había ocurrido algo. Paul esperó a que yo siguiera hablando, pero preferí no decir una palabra de mi

idea ya que no estaba seguro de ella. Había que madurarla mucho antes de levantar la liebre.

Al ver que yo daba la conversación por terminada, mi antiguo camarada comentó:

—Lo cierto es que yo había venido aquí para reanudar nuestra vieja amistad y hablar un poco del pasado. Pero en vista del nuevo giro de los acontecimientos creo que será mejor activar la búsqueda de tu amigo tuberculoso. Supongo que podré contar contigo si llega el momento de la identificación...

—¡Claro que puedes contar conmigo! Lo que yo deseo es ver a ese tipejo sentado en la silla eléctrica.

—Con un poco de suerte me parece que le verás en ella —masculló, encasquetándose el sombrero—. Me largo, Jerry. Tenemos que aplazar nuestra charla para mejor ocasión.

—Ya sabes dónde encontrarme cuando lo desees.

Nos despedimos, y él se fue mucho más preocupado que cuando había llegado.

En cuanto a mí, preferí quedarme en casa reflexionando sobre el lío que estaba formándose a mí alrededor ¿in que yo pudiera hacer nada para evitarlo, solo esperar a que aquellos bastardos asesinos, u otros de su calaña, volvieran a atacarme.

Aunque, si bien lo pensaba, tal vez no fuera preciso esperar semejante visita. Todo dependía de que la pelirroja Roxy tuviese la idea de llamarme por teléfono otra vez.

CAPÍTULO III

Esperé horas y horas, seguro de que tarde o temprano Roxana volvería a comunicarse conmigo. Agoté mi provisión de cigarrillos y terminé con el *whisky* que quedaba en la botella. Igualmente llegué al límite de mi paciencia.

Estuve intentado examinar los hechos desapasionadamente desde todos los ángulos imaginables, en un vano intento de comprender algo del lío en que me había metido.

No obtuve ningún resultado.

La señora Bowles terminó su trabajo de todos los días y se despidió, con algunos comentarios alusivos a la visita de los dos «ladrones». Desde la puerta me prometió que al día siguiente llevaría mi traje sucio a la tintorería y se marchó, apresurada por llegar pronto a casa y contar la aventura que había vivido.

Era pasado el mediodía cuando el teléfono dejó oír su ronca voz.

Me precipité al aparato, y tal como había supuesto, era la voz de Roxana la que vibraba al otro extremo de la línea.

—Jerry... —Su voz sonaba acariciante, casi un arrullo.

—Imaginaba que volverías a llamarme, monada —gruñí—. Lo que no puedo imaginar es de dónde has sacado mi número de teléfono.

—¿No estás en la guía, querido?

—Naturalmente, pero tú no sabes mi nombre completo para encontrarme.

—Una mujer puede enterarse de muchas cosas sobre un hombre, cuando ese hombre le gusta.

—Nunca había creído que mi presencia causase tanto impacto en las mujeres, Roxy... Estoy asombrado.

Ella pasó por alto mi burla y replicó:

—Quizás es que yo sea una mujer impresionable, Jerry.

—Sí, eso debe ser...

—¿Estás muy ocupado esta tarde?

—¿Imaginas poder darme otro plantón, cariño? —reí.

—Me gusta que me llames así —runruneó.

—A mí me gustan unas cuantas cosas tuyas. Pero hay otras que me gustan mucho menos.

—Olvida estas últimas, Jerry...

—Lo intentaré. ¿Dónde nos vemos?

Escuché perfectamente un suspiro al otro lado. Y cuando habló había desaparecido de su voz todo vestigio de burla.

—Donde tú digas, Jerry... Te prometo que seré puntual y que no te abandonaré como anoche.

—Inténtalo otra vez y conocerás mi lado rudo. ¿A las cuatro en el bar del «Carlton»?

—Estaré allí, Jerry.

—Así lo espero. Y tal vez encuentres un frío «Manhattan» esperándote también.

—Eres encantador —dijo.

Colgué sin despedirme.

Iba a verla de nuevo y me preguntaba qué diablos podía esperar de esa entrevista. Ni por un segundo se me había ocurrido creer en sus palabras, cuando me había asegurado que mi compañía la había impresionado hasta el extremo de desear volver a verme.

Pero, en ese caso, ¿qué pretendía de mí?

—Y... ¿qué pretendían los dos asesinos? ¿Qué maldito paquete era el que andaban buscando?

Demasiadas preguntas sin respuesta. Lo único positivo era que iba a verla otra vez y que dos criminales estaban detrás de mis huellas. Bien, era cuestión de no dejarse pillar otra vez por sorpresa.

Abrí un cajón de mi mesa que siempre estaba cerrado con llave y saqué la caja donde guardaba mi vieja «Luger». Hacía años que no cargaba con ella, limitándome a engrasarla de vez en cuando y a acariciarla, como homenaje a los inestimables servicios que me había prestado en otro tiempo, cuando mi vida, y la de muchos otros, entre ellos Paul Staples, valía exactamente lo que una bala de pistola.

La limpié de grasa y llené el cargador de cartuchos. Después la introduje entre, el pantalón y la camisa, sujeta por el cinturón. Su contacto me llenó de un casi olvidado calor.

Hecho esto, saqué la cartera de la americana que había llevado la noche anterior y la trasladé a la que llevaba puesta. Tras esto abandoné el apartamento sin dejar de pensar en Roxy.

Estuve dando vueltas con la esperanza de descubrir si alguien me seguía. No logré ver a nadie sospechoso, a pesar de que forcé mi memoria para recordar los consejos y enseñanzas que me habían prodigado los instructores de la C. I. A.

Tranquilizado por ese lado, busqué un lugar donde comer algo y llené el estómago de calorías. Tal como se presentaba el porvenir no sabía

cuándo podría volver a comer decentemente.

Faltaban cinco minutos para las cuatro de la tarde cuando me encaramé a mí taburete del bar del «Carlton». Pedí una bebida y encendí un cigarrillo sin dejar de debatirme en un mar de dudas. No conseguí aclarar ninguna de ellas.

Absorbido por mis pensamientos, no vi acercarse a Roxana hasta que estuvo a mi lado. Su voz susurró:

—Esta vez soy puntual, Jerry...

La miré. Una sensación de calor me invadió al verla tan cerca y descubrir que incluso era más hermosa de lo que yo recordaba. Quizá fuera debido a la luz del día, pero descubría en ella encantos que la noche anterior me habían pasado inadvertidos. Sus labios, húmedos y rojos me sonreían, como disculpándose.

—¿Y bien? —preguntó, tras mi silencioso escrutinio.

—Estaba asegurándome de que realmente estás aquí.

—¿Lo dudas todavía?

Se inclinó hacia mí y su boca rozó la mía. Fue apenas un aleteo que no podía llamarse beso, pero resultó suficiente para que mi corazón comenzara a dar saltos como un potro salvaje.

—Empiezo a convencerme —balbucí.

Sonrió de manera encantadora. Para romper la tensión llamé al mozo y le pedí dos «Manhattan» bien helados. Ella aprobó con un gesto y murmuró:



Aquel desorden le recordó los efectos de un huracán...

2 - PELIRROJA

—¿Te ha pasado el enfado, Jerry?

—En parte. Espero que me cuentes la razón de tu abandono, monada. Después quizá me olvide del plantón.

—Cuanto más hablemos de anoche menos olvidarás. ¿Por qué no planeamos algo para esta tarde? Eso sería más interesante y constructivo.

—Dejo los planes para ti, Roxy. Me parece que eres muy capaz de trazarlos por tu cuenta.

Nos sirvieron las bebidas, y cuando el mozo se alejó tomé mi vaso y lo levanté delante de ella.

—Por nosotros —dijo suavemente.

—Para que no vuelva a perderte.

Yo ardía en deseos de averiguar la causa de su escapada de la noche anterior. Y también estaba impaciente por saber de dónde diablos había sacado mi número de teléfono, pero pensé que era mejor esperar una mejor ocasión para interrogarla a fondo. Temía que, para eludir las respuestas, volviera a largarse, dejándome plantado y tan a oscuras como hasta entonces.

De manera que bebimos y hablamos; planeando lo que podíamos hacer aquella tarde. Resultó que todos nuestros planes se redujeron a beber un poco más de lo aconsejable, a trasladarnos a otro establecimiento donde se podía bailar, y a desgranar toda esa cadena de estupideces que tejen las mallas en las que tanto el hombre como la mujer saben que van a caer tarde o temprano.

Yo deseaba caer cuanto antes.

Pero hasta que comenzamos a hablar de la posible cena no se presentó la oportunidad.

Ella dijo:

—¿Has pensado dónde iremos a cenar?

—No.

Vaciló, como si le costase decidir lo que ya tenía decidido de antemano.

Hasta que murmuró:

—Aparte de otras cosas, soy una buena cocinera...

—Con lo cual me invitas a cenar en tu casa.

Asintió con un gesto. El corazón me dio un vuelco y aprobé la idea con entusiasmo. Si había algo que yo podía desear era estar a solas con ella.

Poseía un pequeño apartamento en el cual el lujo imperaba de manera discreta y elegante. Las alfombras se hundían bajo los pies, y a la altura de treinta pisos, donde estaba situado, el silencio era maravilloso, creando una sensación de independencia y soledad.

Cuando me cansé de mirar a mi alrededor Roxy me invitó a sentarme. En sus labios asomaba una sonrisa un tanto distinta de la que le conocía hasta entonces; no parecía tan burlona.

—Voy a traerte algo de beber y luego prepararé la cena. Espero que sabrás apreciar mis dotes de ama de casa...

—Seguro que sí, cariño.

Vaciló. Su voz fue apenas un susurro cuando dijo:

—Creo que ya te he dicho en otra ocasión que me gusta que me llames así, Jerry.

—Yo también lo recuerdo —me levanté y me acerqué a ella—. Ven aquí, monada —dije.

Vino hacia mí sin desviar su mirada de mis ojos. Un instante después estaba en mis brazos y el beso resultó algo mucho más bello de lo que jamás pude sospechar. Me sorprendió su intensidad, por cuanto daba la sensación de que ella lo había estado anhelando igual que yo. Y sin embargo, no me cabía duda de que Roxy ocultaba algún extraño propósito respecto a mí.

Pero, a pesar de todo, mis dudas quedaron relegadas a un discreto piano, casi borradas por la oleada incontenible de aquel beso.

Sentí en mis manos el temblor de su cuerpo. Entonces se apartó cómo pudo y me miró recto a los ojos.

—Si mal no recuerdo —dijo con voz apenas perceptible—, hemos venido aquí a cenar...

—Esa fue la idea.

Sonrió y acabó de separarse. La vi desaparecer por una puerta y yo anduve de un lado a otro, como perdido en una selva desconocida, todavía bajo los efectos de la emoción vivida.

Busqué las bebidas y al encontrarlas llené un vaso hasta la mitad. Estaba terminándolo cuando ella reapareció. Se había colocado un floreado delantal sobre el vestido y su aspecto era encantador, fresco y alegre como una tarde de primavera.

—La comida estará enseguida —anunció. Miró mi vaso vacío, me lo arrebató de las manos y fue a llenarlo otra vez, sirviéndose otro para ella al mismo tiempo—. Menos mal que has encontrado las bebidas. Me había olvidado de ellas.

Encendimos unos cigarrillos. Apenas cambiamos una palabra durante aquellos instantes de intimidad. Después, ella volvió a la cocina y terminó de preparar la cena.

Esta no fue ningún menú complicado, pero resultó deliciosa, tal vez debido a su compañía o a la idea de que era Roxy precisamente quien la había preparado.

Sin embargo, en el fondo de mi mente, como flotando por encima de las sensaciones que ella provocaba en mí, quedaban mis dudas y sospechas

respecto a su actuación en el condenado asunto en que estaba envuelto de manera tan insospechada.

Quizá debido a esto le pregunté inesperadamente:

—¿Puedes decirme ahora el motivo de tu desaparición de anoche?

—¿Es preciso volver a hablar de eso?

—Me gustaría salir de dudas, eso es todo.

—No quiero hablar de cosas desagradables —repuso con cierta sequedad. Y añadió, tratando de borrar mis ideas—: Prefiero hablar de nosotros.

—¿Tampoco puedes decirme cómo averiguaste el número de mi teléfono, sin saber mi apellido?

—Pareces un inquisidor, querido...

—Eso no responde a mi pregunta.

—¿Te he dicho yo que iba a responderte?

—Ya veo...

—Oh, Jerry, ¿por qué seguir preocupándonos por todo esto? Estamos juntos, tenemos toda la noche para nosotros y mil temas agradables de que hablar. No seas aguafiestas y cuéntame algo de ti. Después de todo, apenas te conozco.

—Tengo la idea de que sabes más de mí que yo mismo. Pero no quiero perder tiempo jugando a adivinanzas.

Sujeté su mano y tiré de ella hacia mí. Un instante después estaba sentada a mi lado y yo rodeaba su cintura con mi brazo igual que si temiera perderla.

Roxy no hizo un solo movimiento de resistencia. Sus brazos rodearon mi cuello y la seda de su mejilla acarició mi cara con tanta suavidad como el soplo de la brisa. Dejamos pasar unos instantes en silencio, gozando de aquella sensación de paz. Aunque, por mí parte, la paz se veía turbada por las dudas que ella me inspiraba.

Pero también esas dudas se fueron al diablo cuando la besé. Duró escasos segundos, pero semejó un torbellino que nos envolviera a los dos arrastrándonos fuera de este mundo.

Al fin se apartó y me miró, pálida y adorable, con mil lucecitas destellando en el fondo de sus ojos muy abiertos.

—¿Ya no hay dudas? —susurró junto a mi boca.

—Las hay —dije—. Lo que ocurre es que las he relegado al olvido... por ahora.

—Deséchalas, querido. ¿Qué más quieres?

—Sinceridad.

—Te doy amor, ¿no es cierto? Eso es mucho más importante para una mujer.

—Y para mí.

Aspiré su penetrante perfume que impregnaba el apartamento. Era

turbador como una droga.

Ella se levantó sin soltarme la mano. Era una sensación extraña la que experimentaba, igual que si estuviésemos en un mundo aparte, distinto.

Pero estábamos en su apartamento.

Fuera, la noche avanzaba, poblada de silencio.

Allí dentro el tiempo se había detenido para nosotros.

CAPÍTULO IV

Durante la guerra tuve ocasión de ver los efectos de un huracán en una pequeña isla del Pacífico. Vi las chozas de los nativos pegar un salto y salir volando hasta perderse de vista. Contemplé las palmeras inclinarse primero, romperse luego como si fueran frágiles cañas, y después saltar también en pos de las chozas. Arbustos arrancados de cuajo... Miles de ramas y millones de hojas de todos los tamaños quedaron esparcidos por toda la isla. Fue como si le hubieran dado la vuelta al revés...

Bueno; algo semejante había sucedido en mi apartamento cuando llegué a él, después de dejar a Roxy. No había un solo mueble intacto, ni una sola prenda dentro de los cajones y departamentos. Todo estaba descuartizado, machacado, pisoteado, hecho trizas y esparcido por el piso. Eso fue lo que me recordó el huracán sobre la isla. Habían puesto mi apartamento patas arriba, se habían entretenido en dejarlo hecho polvo y luego le habían dado la vuelta. Casi estaba dispuesto a creer que lo habían agitado igual que una coctelera antes de desparramar el contenido, de otra manera no se comprendía tanta confusión.

Solté una retahíla de maldiciones y cerré la puerta detrás de mí, contemplando el estropicio mientras intentaba adivinar a qué obedecía ese nuevo atentando.

No necesité forzar mi imaginación para llegar a comprender que los que habían registrado mis pertenencias eran los mismos que me habían atacado con las armas en la mano: el tuberculoso y su compinche, en busca del misterioso paquete.

Me acerqué a la ventana y levanté la persiana metálica. Las primeras luces del amanecer ponían tintes grises en los edificios. Me quedé allí unos instantes, de espaldas al espectáculo de desolación que ofrecía mi piso. Pensé en Roxy y en nuestra noche. Y me maldije y me llamé estúpido un millón de veces, porque al fin comprendía los motivos que había tenido

aquella mujer para mostrarse tan apasionada conmigo. Solo la había guiado su interés por mantenerme alejado del apartamento, a fin, de dar tiempo a sus secuaces para ponérmelo hecho un desastre. Así, y aunque me resistía a creerlo, llegué a la conclusión de que el tuberculoso y Roxy militaban en el mismo bando.

Sacudí la cabeza, furioso por no comprender nada del maldito asunto. Volví a mirar a mi alrededor y no encontré fuerzas suficientes para ponerme a arreglar semejante desbarajuste. Ya se encargaría la señora Bowles de poner orden.

Renuncié a pensar más en todo esto. Busqué en la guía el número del teléfono de Paul Staples y le llamé. El que a uno le saquen de la cama a las seis de la mañana suele provocar una catarata de maldiciones, pero en Paul no las provocó. Debía ya estar acostumbrado. Se limitó a enterarse de la identidad del comunicante y luego preguntó:

—¿Qué te pasa para que me llames a estas horas?

—Quería decirte que el lío sigue su curso. Acabo de regresar a casa y he encontrado el apartamento desmantelado. Alguien ha estado registrándolo hasta no dejar piedra sobre piedra. Ya sabes; colchones despanzurrados, cajones desfondados y cosas así. ¿Crees que eso puede interesarte?

—¿Tú qué crees? Eso demuestra que esa gente sigue emperrada en que tú eres el poseedor de eso que tanto les interesa.

—Sí, eso ya lo veo. Pero deseo que mandes a tus sabuesos aquí para que intenten hallar alguna huella. No puedo creer que hayan hecho tal estropicio con las manos enguantadas.

—Está bien, voy a dar orden y yo vendré también para echar un vistazo. Ya que me has roto el sueño aprovecharé el tiempo.

—Gracias.

Colgué.

Me dejé caer sobre una butaca, la única cuyos muebles no asomaban al exterior porque la habían destripado por el respaldo y traté de pensar. Fracasé. Me quedé dormido al instante, y solo me desperté cuando llamaron a la puerta. Fui a abrir y me aparté para dejar paso a Paul, seguido de tres tipos armados de cámaras y otros trastos propios de su trabajo.

Todos ellos quedaron inmóviles ante lo que veían. Paul lanzó mi silbido de asombro, se quitó el sombrero y estuvo medio minuto rascándose la coronilla y mirando a todas partes con ojos incrédulos. Después gruñó:

—Parece que haya danzado por aquí una manada de elefantes locos. ¿Cómo diablos han hecho esto?

—¿Tú lo sabes?

Dio unas órdenes y sus hombres empezaron a trabajar. Nosotros

fuiamos a colocarnos cerca de la ventana para no estorbar, y allí Paul indagó:

—¿A qué hora has regresado?

—Hace unos treinta minutos. Solo entrar y...

—¿Dónde demonios has estado hasta estas horas? —me interrumpió, mirándome con suspicacia.

—Eso es preguntar demasiado, Paul. Yo no te preguntaré nunca dónde y con quién pasas las noches.

—Si alguna vez lo preguntas te diré que las paso con mi mujer. Soy una persona decente. Pero ya veo a dónde vas a parar... Dejémoslo —decidió con una sonrisa—. Sea como sea —añadió—, no hay duda de que tu ausencia ha resultado ideal para los asaltantes.

—Ya he pensado en eso.

—¿Sabía alguien que ibas a pasar la noche fuera?

—Sí; la muchacha que ha motivado mi ausencia.

—¿Nadie más?

—No.

—Bueno...

Saqué cigarrillos y los encendimos sin hablar. Paul hizo una mueca cuando inhaló la primera bocanada de humo.

—A estas horas, y en ayunas, el tabaco me sabe a estopa.

—Cuando tus esbirros terminen en la cocina haré un poco de café. Eso nos despejará a los dos.

—Es una buena idea —refunfuñó, mirando a sus hombres. Un instante después, y sin mirarme, indagó—: ¿Todavía no se te ha ocurrido nada respecto a lo que andan buscando?

—En absoluto.

—Eso es muy extraño...

—Comprendo que es difícil de creer, Paul, pero es la verdad. No tengo ni la más mínima idea de lo que puede contener ese maldito paquete.

Paul se disponía a continuar, cuando uno de sus hombres lanzó una exclamación y llamó. El hombre estaba arrodillado junto a un montón de ropa que había echado a un lado y señalaba algo que había estado oculto por esa misma ropa.

—¿Qué le parece esto, teniente? —preguntó.

Paul se inclinó y miró la gran mancha. Yo no necesité inclinarme para que el estómago me diera un salto, al comprender que la mancha era de sangre seca.

—Sangre, ¿eh, muchacho? —refunfuñó Paul.

—Eso es.

—Y está casi completamente seca. ¿Cuántas horas diría usted que lleva aquí?

El policía se encogió de hombros.

—No sé... Las ropas que había encima la han empapado, con lo que se habrá secado más rápidamente. De todas formas, creo que hará unas tres o cuatro horas que alguien la ha dejado como recuerdo.

Paul levantó la cabeza y me miró un instante.

—Eso complica las cosas, ¿eh, Jerry? —dijo.

—Ya me doy cuenta.

Se volvió al agente, ordenándole:

—Saquen fotografías de esta mancha. Luego lleven muestras de la sangre al laboratorio, así como las ropas que estaban encima y estén manchadas. Y busquen por todo el apartamento a ver si hay alguna mancha más. Y dense prisa eso está complicándose por instantes.

Se levantó pesadamente y suspiró. Se— encaró conmigo y quiso saber:

—¿Qué hay de ese café que me has prometido?

—Ahora mismo.

Encontré el pote del café volcado, con su contenido esparcido por el aparador. Pero pude reunir el suficiente para hacer café en cantidad para todos. Pronto el aroma de la infusión llenó el apartamento y las tazas humeantes nos reanimaron para afrontar nuevos problemas.

Tras él café, Paul encendió un nuevo cigarrillo y dijo:

—Supongo que te darás cuenta de hasta qué punto cambia las cosas esa mancha de sangre, Jerry.

—Creo que lo comprendo.

—Será necesario que justifiques el empleo de tu tiempo esta noche pasada.

—Te refieres a la coartada, ¿no es cierto?

—Eso es.

—No tengo malditas ganas de meter a esa chica en este fregado.

—No se trata de si te gusta o no meterla en esto. «Tienes» que hacerla entrar en el juego si quieres quedar tú limpio.

Vacilé. A pesar de mi furia contra Roxy, había muchas razones para no complicarla todavía. Por eso insinué:

—¿No sería posible hacer las cosas de manera que el secreto quedase entre tú y yo?

—¿Qué secreto?

—La identidad de esa mujer.

—Tal vez sea posible momentáneamente. Pero cuando el caso pasé al fiscal no puedo garantizarte nada en absoluto.

—Okey, con eso es suficiente por ahora. Iremos a verla tú y yo.

Se dio por satisfecho y observó el trabajo de sus hombres. Pronto quedó de manifiesto que no había más manchas en todo el piso, lo que hizo fruncir el ceño a los policías.

—Hubiera sido mejor que esa mancha no fuera la única —rezongó Paul.

—¿Por qué?

—¿No lo comprendes? Puede haber habido una lucha aquí, y uno de los contendientes caer herido. Pero más tarde, al recobrar el conocimiento, puede haberse arrastrado para escapar. En ese caso se encontraría alguna otra mancha en el camino de la puerta.

—Ya veo. Al no haberla es que el hombre, el herido, no ha salido por su pie. ¿Es eso lo que quieres dar a entender?

—Exactamente.

—Lo cual es tanto como afirmar que el tipo estaba muerto cuando lo han sacado de aquí.

—Muy posiblemente.

Un estremecimiento recorrió mi espalda. Solo me faltaba un crimen en mi apartamento para terminar de complicarme la vida.

Paul dio unos pasos, abstraído, y su pie golpeó contra algo. Se inclinó y noté su sobresalto.

—¡Eh! —exclamó—. ¿De dónde ha salido esto?

Se levantó, sosteniendo una bomba de mano entre sus dedos.

Sonreí.

—Es uno de los trofeos de guerra que guardo. Tengo también un par de bayonetas y algunos peines de munición china...

—Pues resulta un capricho muy peligroso... Esta bomba está entera... cargada quiero decir.

—Ya lo sé —dije, quitándosela y dejándola sobre un estante.

Paul gruñó algo respecto a mis gustos y después repartió algunas instrucciones a sus ayudantes. Luego se encasquetó el sombrero y masculló:

—¿Nos vamos?

—Tienes mucho prisa por ver a esa dama, amigo...

—Mi único interés está en estar seguro del terreno que piso.

—Ya comprendo. No crees en mi inocencia. ¿No es eso?

—Ni creo en ella ni dejo de creer. En realidad, mi obligación sería no creer en ella, pero nos hemos conocido en momentos muy difíciles tú y yo y todo me impulsa a dar crédito a tu declaración. Sin embargo, tú sabes, que eso, en un caso de asesinato, no es suficiente ni mucho menos. Deseo que no quede ninguna duda al respecto. Estoy seguro de que tú en mi lugar, obrarías exactamente igual.

Tuve que reconocer que el policía tenía sobrada razón. Hice un gesto de asentimiento y salimos los dos del apartamento. Al llegar dejé instrucciones al portero para que las transmitiera a la señora Bowles respecto a poner orden en el piso.

Después de eso, nos instalamos en el coche policíaco. Di la dirección de Roxana y el coche salió disparado. Al fin y al cabo, empezaba a ser hora de complicarle un poco la vida a la hermosa muchacha, a pesar de lo que

había sucedido entre ella y yo.

Cuando el coche detuvo su marcha reconocí la imponente fachada del edificio, con su marquesina coloreada en blanco y azul. Paul levantó la cabeza y miró hacia arriba, sorprendido.

—No cabe duda de que es una buena casa, ¿eh, Jerry? —comentó.

—Espera a verla por dentro.

—Esa chica debe nadar en dinero para vivir aquí.

Atravesamos la acera, y cuando estábamos entrando en el vestíbulo insistió:

—¿No sabes de dónde lo saca?

—¿De dónde saca qué?

—El dinero, naturalmente.

—No se lo he preguntado.

Nos acercamos al mostrador de recepción tras el cual se escudaba un tipo que yo no había visto nunca. Cuando, horas antes, había abandonado el edificio, el vestíbulo estaba desierto.

—Creo que será mejor anunciarnos —gruñó Paul. Y añadió con manifiesta burla—: Lo más seguro es que esa dama esté durmiendo todavía.

Asentí con un gesto y me encaré con el recepcionista.

—Anúncienos a la señorita Roxana, del apartamento 207 —ordené.

El hombre nos miró perplejo.

—¿A quién ha dicho? —preguntó, con evidente suspicacia.

—Roxana —insistí—. Ese es el nombre de la señora.

—Ya... Del apartamento 207, ¿no es eso? —repitió.

—Me parece que he hablado bastante claro hasta ahora —mascullé de mal talante—. ¿Necesita usted que se lo dé por escrito?

—Sería bueno que lo hiciera. El apartamento 207 está vacío, así es que ya me dirán cómo voy a anunciarles.

Quedé helado. A mi lado, Paul, se enderezó como si le hubieran pinchado y dejó escapar un bufido antes de exclamar:

—¿Vacío?

—Eso es.

—¿Desde cuándo?

El portero se rascó el cogote. Luego afirmó:

—Hace más de tres meses.

—Eso es imposible —balbucí completamente anonadado. Me daba cuenta de que el mundo estaba resquebrajándose bajo mis plantas, pero no podía dar crédito a semejante monstruosidad. Por eso insistí—: No puede ser. Yo he pasado casi toda la noche en el 207 con esa mujer.

—Usted está loco —afirmó el recepcionista, convencido.

Paul hizo un gesto de impaciencia y se encaró con el hombre, mostrándole su credencial. Eso hizo que se borrara la expresión burlona de

la cara del portero.

—Teniente Staples —se presentó el policía—. Y ahora, muéstreme el libro de inquilinos. Vamos a salir de dudas de una vez. Los apartamentos se alquilan amueblados, ¿no es así?

—Sí... Sí, señor.

El condenado tipo se apresuró a obedecer y Paul se inclinó sobre el mostrador, examinando el libro. Cuando se irguió, en sus duros ojos había un brillo muy poco tranquilizador.

—Ese hombre dice la verdad, Jerry —dijo—. ¿Qué tienes que decir a eso?

—Que es una tontería. He cenado en ese apartamento. He pasado horas en él en compañía de esa chica... ¿Cómo quieres hacerme creer que está deshabitado desde más de tres meses?

—¿No te habrás confundido de número?

—Aunque fuera así —rezongó el portero—, tampoco hay ninguna mujer llamada Roxana en esta casa.

Los dos me miraban igual que si estuvieran ante un loco. Mi furia, crecía al mismo ritmo que mi desconcierto. Para salir de esa situación le dije al teniente:

—Dile que te dé la llave del 207. Puedo describirte ese apartamento hasta en sus menores detalles.

Sin necesidad de que nadie se la pidiera, el hombre alargó una llave a Paul y éste ordenó:—

—Usted no se mueva de aquí. Si le necesitamos ya llamaremos.

Echamos a andar hacia el ascensor, un aparato automático, sin empleado para cuidarlo. Una vez dentro, el policía gruñó:

—Ya que sabes el camino, según dices, tú llevas la dirección de este paseo, Jerry.

Pulsé el botón del piso treinta sin vacilación alguna, la jaula metálica salió disparada hacia arriba mandándome el estómago a los talones y poco después se detuvo con una sacudida.

Salimos del artefacto y señalé una puerta.

—Ahí es —dije—. Tras esa puerta he pasado yo la noche.

—Ya... En compañía de Roxana.

Pasé por alto la burla de aquella voz y nos plantamos ante la puerta. Mis piernas acusaron un leve temblor cuando Paul introdujo la llave en la cerradura y le dio vuelta.

—Bien, adelante —masculló.

Entramos. Al mirar a mi alrededor respiré con cierto alivio. Todo estaba tal como yo lo recordaba, lo que venía a calmar un poco mi creciente alarma.

—Ese es, no hay duda —afirmé—. Puedo indicarte dónde están los licores, el lugar en que se encuentra cada cosa de las que hemos tocado. Y

también puedo describirte todas las dependencias del piso. ¿Quieres más pruebas todavía?

—Quiero que me expliques cómo has pasado aquí la noche con una mujer, cuando es indiscutible que el apartamento está desocupado desde hace tres meses o más. Eso quiero aclarar.

—¡Maldita sea! Hay una montaña de explicaciones para eso. La más sencilla, es que Roxy supiera que el apartamento estaba deshabitado y se sirviera de él para atraerme y mantenerme alejado del mío, pero de manera que yo continuase sin saber quién era ella realmente y dónde vivía. Eso me parece perfectamente lógico.

—Lo sería si fuera cierto.

Pegué un respingo.

—Eso es tanto como llamarme embustero, Paul.

—¿Qué otro nombre le darías tú?

—Así que crees que miento...

Hizo un gesto ambiguo, como inclinándose ante la fatalidad, y se puso a curiosear a su alrededor. Sin moverme de sitio le indiqué dónde estaban los licores y él fue a comprobarlo.

El aparador estaba vacío. Tan vacío como si jamás hubiese albergado en su interior otra cosa que polvo.

Paul me miró por encima del hombro.

—Así que puedes indicarme dónde está cada cosa en ese apartamento, ¿verdad, Jerry?

—Creo que voy a reventar de un momento a otro. Ahí había media docena de botellas. Yo he bebido de ellas...

—Ya veo. ¿Y dónde están los vasos?

—Al lado de las botellas.

—Pues tampoco aparece ninguno aquí.

—Veamos en la cocina —indiqué.

Me precipité hacia ella. Forzosamente tenía que haber allí los utensilios empleados para la comida. Y, aunque los hubiera limpiado después de marcharme yo, tenía que haber quedado alguna pista.

Pero no había ni un solo cacharro. Para no haber, no había ni siquiera un plato.

Paul Staples, a mi lado, miró la desierta pieza sir despegar los labios. Solo al cabo de un minuto gruñó:

—¿Y bien?

—Sigo aferrándome a mi declaración. Es más; estoy seguro de que mi idea es acertada. Roxy quería atraerme y mantenerme apartado de mi apartamento toda la noche para que sus compinches pudieran ponérmelo patas arriba. Por eso ha utilizado este piso...

—Eso no pasa de hacer una idea tuya —me interrumpió secamente Paul—. Trata de hacérsela tragar al fiscal y te darás cuenta de hasta qué

punto es estúpida.

—Pero tú, ¿me crees o no?

—Si no me muestras algo más concluyente...

Estuve a punto de llevarme las manos a la cabeza, desesperado, y repetí:

—He pasado la noche aquí, con ella. Hemos cenado juntos... Y son horas y horas de estar a su lado, de hablar con ella, de amarla, de respirar su perfume. —...

Al llegar aquí me interrumpí en seco. Y tras la idea me lancé hacia el dormitorio y abrí la puerta de un empujón. Era mi última oportunidad.

Y allí estaba.

—¡Paul! —grité con voz ronca.

—¿Qué pasa?

—El perfume... Su perfume, Paul... He recordado que esta habitación estaba impregnada de él.

El teniente husmeó el aire como un perro de muestra. Hizo una mueca y entró en el dormitorio, mirando a su alrededor y llenándose los pulmones de aire perfumado.

—¿Qué dices ahora? —le espeté triunfalmente.

Lanzó un bufido. Después hundió las manos en los bolsillos y comentó tranquilamente:

—Eso puede demostrar que alguien ha tenido la brillante idea de perfumar esta habitación...

—¡Maldito seas, Paul! ¿Cómo puedes ser tan obtuso?

Rió entre dientes mientras se encaminaba al teléfono.

—De todas maneras, puedes albergar cierta esperanza. Voy a darte la ventaja de la duda. Veremos qué dicen los muchachos sobre las huellas digitales. Imagino que tu adorada no llevaría guantes para andar por casa, ¿no es cierto?

—Claro que no.

—Bien...

Escuché como llamaba a sus hombres por teléfono. Por lo menos, el perfume me había demostrado a mí mismo que no estaba loco.

CAPÍTULO V

—Esto es muy extraño, teniente —exclamó el especialista, después de haber estado «levantando» todo rastro de huella dactilar que había encontrado.

Paul se acercó a él. Yo no me moví del fondo de la butaca en que me había derrumbado en espera de los resultados de la investigación. Tenía que hacer grandes esfuerzos para no quedarme dormido, y no lograba interesarme demasiado por lo que ocurría a mi alrededor.

La voz de Paul interrogó a su subordinado y éste explicó:

—Desde luego, hay huellas en muchos lugares, como es lógico en un lugar que ha sido habitado. Pero no las hay en la mayoría de los sitios en que sería lógico encontrarlas.

—Acláreme eso —pidió el teniente.

—Mire usted... Por ejemplo; en ese aparador —dijo el hombre, señalando el que había contenido los licores—. No hay más huellas que las de usted. Parece como si antes nadie lo hubiera abierto nunca.

—Ya veo...

—También los tiradores de las puertas llaman la atención. Hay las huellas de mister Lane en las puertas que ha abierto en presencia de usted, pero ninguna otra, si exceptuamos las de usted mismo en la puerta de entrada. ¿No le parece sospechoso eso?

—Me parece más que sospechoso —rezongó Paul—. ¿Qué me dice de la cocina?

—Limpia como el oro. No hay huellas. Sin embargo, en lugares que según usted y mister Lane no han tocado, sí hay huellas, pero viejas.

—¿De hombre o mujer?

—De ambos sexos.

—Seguro que pertenecieron a los anteriores inquilinos del apartamento. Habrá que comprobar eso.

Como a través de una bruma, por tener los ojos entornados, vi a Paul acercarse a donde yo estaba. Con voz cansada inquirió:

—¿Qué te parece todo esto, Jerry? Supongo que todavía recuerdas algo de lo que nos enseñaron en la C.I.A.

—Para mí todo este lío de las huellas no tiene más que una

explicación.

—Suéltala, si es que consigues abrir los ojos. ¿Qué demonios has estado haciendo esta noche pasada?

—Si te lo contaba te ruborizarías —gruñí.

—Déjate de tonterías y suelta esa explicación de que has hablado.

—Bien, imagina el comportamiento de esa zorra que me ha engatusado. Si ha utilizado este apartamento para mantenerme lejos del mío toda la noche, forzosamente debe suponer que tarde o temprano se me ocurrirá relacionarla con lo sucedido en mi casa. No le interesa que sus huellas puedan delatarla. Sería tanto como dejarme su tarjeta de visita. De manera que cuando me separo de ella, se apresura a limpiar todo lo que puede haber tocado con sus manos desnudas, limpiando de paso todo lo que recuerda que he tocado yo. Con esto se evita que, en un momento determinado, yo pueda demostrar que he estado aquí.

—Y cualquiera diría que lo ha conseguido.

—¡Y un cuerno! ¿Has olvidado el perfume?

—Yo no. Pero con eso solo no conseguirás convencer al fiscal. Un perfume puede esparcirlo cualquiera en una habitación.

—Está bien. Sigo siendo el sospechoso número uno, ¿no es así?

—Por lo menos, sospechoso.

—De asesinato, ¿verdad? —insistí.

—Hay que explicar esa mancha encontrada en tu apartamento, pero mucho me temo que así sea como te califique el fiscal.

—¡Oh, al diablo el fiscal! —estallé—. ¿Es que no puedes razonar por tu cuenta, sino a través de la mente del fiscal del distrito?

—No te dispares, no conseguirás nada.

—Okey, sigue portándote como un robot. Veremos qué sale de todo esto.

Ignoró este comentario y discutió algunos detalles con su ayudante. Ya no volvió a ocuparse de mí hasta que este hubo desaparecido, dejándonos solos.

—¿Puedes describirme a esa hermosa dama llamada Roxy? —pidió entonces.

—¡Claro que puedo!

—Pues hazlo.

No necesité ningún esfuerzo para evocar la turbadora imagen de Roxy. Quizá me dejé llevar por el entusiasmo al describir sus encantos físicos, pero también añadí algunos comentarios dictados por el despecho que me inspiraba su comportamiento. Eso hizo sonreír a Paul, quien dijo:

—Bien, trataré de dar con esa mujer, aunque lo veo difícil.

—Y entretanto, ¿cuál es mi situación?

Se rascó el cogote y terminó por encasquetarse el sombrero. Hecho esto, masculló:

—Creo que puedes irte a dormir un poco. Dejaremos todo esto en suspenso hasta que logre saber más sobre el caso. Vámonos de aquí.

Mientras esperábamos que subiera el elevador, le pregunté:

—¿Qué opinas tú de todo esto, Paul? Forzosamente tienes que haberte formado una idea. Tienes experiencia policíaca y...

—De nada sirve la experiencia cuando un hecho no tiene explicación. Lo más importante para poder formarse una idea sería averiguar qué endiablado paquete es el que creen que posees.

—Eso me gustaría saber a mí también.

Bajamos al vestíbulo, donde el recepcionista nos miró con manifiesta alarma. Antes que pudiera formular ninguna pregunta, Paul le espetó:

—Cuide de que nadie entre en ese apartamento hasta que reciba usted nuevas instrucciones. ¿Comprendido?

—Sí, señor, pero...

—Eso es todo —cortó el teniente, iniciando la marcha hacia la salida.

Sin embargo, no le seguí inmediatamente. Quería aclarar algo con el portero.

—¿A qué hora entra usted de servicio? —le pregunté.

—A las ocho.

Tras esto, abandoné el edificio. Paul aceptó llevarme a casa, y en todo el trayecto no pronunció una palabra, sumido en sus reflexiones. Yo imaginaba que no eran muy felices.

Cuando se detuvo el coche, comentó:

—Ha sido una lástima que hayamos tenido que encontrarnos en esas circunstancias, Jerry. Me hubiera gustado un encuentro más... amistoso. ¿No opinas así?

—No veo por qué no puede considerarse amistoso nuestro encuentro, después de todo. Yo soy completamente inocente, y tú te limitas a cumplir con tu deber.

Cuando esto acabe podremos dedicar algunas horas a recordar, los viejos tiempos.

—Sí, supongo que podremos hacerlo.

Salté fuera del coche. Paul hizo un cansado ademán de despedida y se alejó a buena marcha.

Subí a mi apartamento sintiéndome infinitamente cansado. La señora Bowles estaba terminando de dejar algo presentable aquella leonera, pero refunfuñaba continuamente. Tuve que explicarle lo que opinaba sobre el vandálico hecho y perder diez minutos en hacerle comprender que yo no esperaba que ella dejase el piso limpio y en orden en una sola mañana. Después de esto me metí en el dormitorio dispuesto a dormir hasta que el cuerpo dijera basta.

Sin embargo, antes de meterme en la cama tuve que escuchar otro discurso de mi buena sirvienta, solo para terminar anunciándome que,

aparte del traje que había llevado puesto un par de noches atrás, tendría que entregar muchas otras prendas a la tintorería, ya que estaban hechas una lástima.

Lancé un suspiro de alivio cuando la buena mujer cerró la puerta tras de sí. Creo que todavía estaba suspirando cuando me derrumbé sobre la cama y quedé dormido.

Entonces ocurrió algo que todavía ahora no acierto a explicarme. El cuerpo durmió, pero la mente siguió su actividad desgranando ideas en una especie de sueño, como si estuviera sosteniendo un diálogo con el subconsciente.

Empecé «viendo» de nuevo ante mí a Roxana, tal como la había contemplado en el apartamento. Recordé perfectamente que habíamos utilizado platos, fuentes, vasos... y que en la cocina había la cantidad de cachivaches normal en toda casa habitada. Todo ello no era posible acarrearlo de un lado a otro de cualquier manera. Tampoco era lógico imaginar que había sacado los platos y fuentes que habíamos utilizado para la comida, sin limpiarlos previamente antes de cargar con ellos.

Y el portero había empezado su turno a las ocho.

Y en el aparador había seis o siete botellas y otros tantos vasos...

¿Cómo demonios había podido sacar todo aquello, después de limpiarlo, antes de las ocho de la mañana?

Al llegar a este punto, mi subconsciente intentó seguir adelante con esta especie de diálogo mudo, pero la mente, tan agotada como el cuerpo, se negó a secundar semejante juego y cayó también en el letargo del sueño.

Después de esto, creo que igual hubiera podido desatarse un terremoto sin que yo lo advirtiera. Cuando abrí los ojos, las últimas luces del día morían al otro lado de la ventana abierta, y el rumor de la calle penetraba a través de ella libremente.

—Permanecí quieto, tratando de recordar lo que había soñado. Lo conseguí y pegué un salto en la cama, levantándome rápidamente.

En pocos minutos estuve vestido y listo para salir, con el saludable peso de la «Luger» basculando en mi bolsillo. Para ganar tiempo no me hice café, sino que abandoné el apartamento sin perder un minuto y comí un par de emparedados en el bar de la esquina.

Después de esto, me encaminé al garaje y saqué mi «Olds», que rugió alegremente al encaramarse por la rampa de salida. Ya era hora de ponerme en campaña, por mi cuenta y sacudirme de encima la amenaza que pesaba sobre mí. Paul había recordado los viejos tiempos de la C.I.A., y creo que había sido muy oportuno. Estaba dispuesto a recordarlos y a hacer que alguien pagase las consecuencias de ese recuerdo.

Conduje a buena marcha hasta la casa que habíamos visitado con el teniente. Busqué un lugar donde estacionar el coche y lo hallé unas puertas

más abajo.

Cuando entré en el vestíbulo vi que el portero era el mismo que nos había atendido en nuestra visita de la mañana. Me acerqué a él.

El hombre me reconoció, obsequiándome con una pálida sonrisa.

—¿De nuevo por aquí? —comentó, enderezándose un poco.

—Aquí me tiene otra vez. Solo quiero hacerle un par de preguntas.

—Supongo que usted también pertenece a la policía.

—No —dije—, pero colaboro con el teniente en este asunto. ¿Cambia eso las cosas?

—Hombre, verá... No me gustaría meterme en ningún lío.

—No va a meterse en líos por contestar a mis preguntas. Además, sus respuestas pueden valer dinero, y eso no lo da la policía.

—Esa clase de música es la que me gusta. —Sus ojillos brillaron codiciosos, y su sonrisa se convirtió en algo más que una mueca—. Pregunte.

—Veamos... ¿Ha venido alguien más interesándose por el apartamento que hemos visitado nosotros?

—¿El 207? No, nadie.

—Bien. ¿Cuántas mujeres pelirrojas viven en este edificio?

—¿Cuántas qué...? ¿Pelirrojas ha dicho?

Se notaba la burla en su voz, como si acabase de descubrir todos mis líos inconfesables. Pero lo pasé por alto e insistí:

—Pelirrojas he dicho. ¿Cuántas viven en la casa?

—Solo una, que yo recuerde. Aunque hace un par de días que no la veo.

—¿Seguro que no hay más?

—Seguro. ¿No voy a conocer a mis inquilinos?

—Bien. Esa pelirroja, ¿vive sola?

—No, con su hermano.

—¿Cuánto tiempo llevan viviendo aquí?

—Espere... Deje que recuerde... Sí —exclamó de pronto—. Unos tres meses.

—¿En qué a apartamento viven esos dos hermanos?

—En el 199

Noté una sacudida de emoción y seguí adelante.

—¿Está ese apartamento en el piso treinta?

—Sí. ¿Qué tiene eso de particular?

—Nada, olvídelo. ¿Sabe si están ahora en casa?

—Ella creo que no. Ya le he dicho que hace unos días que no la veo. Pero el muchacho quizá esté. No puedo saber todos los que entran y salen durante el día y la noche.

—No, evidentemente, no puede saberlo. Llame por teléfono al 199 y saldremos de dudas.

El hombre estuvo llamando más de un minuto sin obtener respuesta. Movi6 la cabeza y gruñ6:

—No est6.

Mi idea seguía tomando cuerpo y adueñándose de mi mente. Quiz6 debido a eso, indagué:

—¿Lee usted los peri6dicos todos los días?

—No. Solamente algunas veces. Y aun entonces solo las reseñas de las carreras de caballos. Soy aficionado a las apuestas, ¿sabe usted? En cuanto a leer, prefiero una buena novela.

—Ya veo. ¿Tiene por aqu6 alguno de ayer?

—¿Un peri6dico?

—S6.

El hombre se encogió de hombros y rebuscó debajo del pupitre. Cuando se irguió depositó un fajo de papel arrugado sobre el mostrador.

—Ah6 tiene —dijo—. ¿Qué espera encontrar aqu6?

Eché mano al bolsillo y le alargué un billete de cinco dólares doblado por la mitad.

—Vaya examinando esto, entretanto —reí—. Yo buscaré lo que me interesa.

Lo que me interesaba lo encontré en una de las páginas interiores. Hasta cierto punto era un hecho vulgar y le habían concedido poco espacio. Doblé la página de manera que solamente quedase a la vista la fotografía de la pelirroja asesinada en la acera y la puse debajo de las narices del portero.

—¿Es esa la muchacha que vive con su hermano? —pregunté.

Miró la foto solamente un instante y asintió.

—Esa es. ¿Qué pasa con ella para que haya salido en los peri6dicos?

—¿Está usted seguro de que es esa y no otra muy parecida? —insistí.

—¡Claro que estoy seguro! Esta es la chica que ocupa el 199. La que vive con su hermano.

—Vivía —solté suavemente.

—¿Qué?

—La asesinaron hace un par de noches ante mis ojos. ¿Qué le parece la noticia?

Mientras hablaba desdoblé el peri6dico y puse los titulares delante del asombrado portero, que los leyó cada vez más impresionado. Al terminar levantó la cabeza y me miró, aturdido.

—¡Cielos! ¡Es terrible!

—Estamos de acuerdo. Ahora dígame: ¿qué hacía esa chica? ¿Trabajaba?

—No lo sé. En todo caso debía tener una colocación bastante liberal, igual que su hermano. Salía y entraba a todas horas.

—¿El hermano también?

—Sí.

El hombre comenzaba a tener ideas propias, porque preguntó:

—¿Cómo no ha venido nadie interesándose por ella, si ha muerto? Además, el hermano debía saberlo... y tampoco ha dicho nada. Todo esto me parece muy raro, amigo.

—Es más que raro. ¿Cómo se llama el hermano?

—Budd Matlín...

—Y ella... ¿cómo se llamaba?

—Mabel, pero... —Dejó de hablar para volver su atención al periódico, asombrado, y murmuró, sin levantar la cabeza—: Es verdad que aquí no dan su nombre.

—No, nadie lo sabe. No ha sido identificada hasta ahora.

—¿Cómo es posible que su hermano no la haya identificado?

—Suponiendo que sea su hermano, y suponiendo también que le interese darse a conocer, lo cual es mucho suponer. Me gustaría poder hablar con ese pájaro. Y también me gustaría echar un vistazo en el apartamento 199.

—De eso ni hablar. No pretenderá que le abra la puerta, ¿verdad? —protestó el hombre.

—Esa es mi idea, por lo menos. Naturalmente —me apresuré a añadir—, acompañando algún otro billete al que ya le he dado antes.

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Imposible. No puedo jugarme el empleo así como así. Tengo una mujer y dos chicos a quienes mantener. No —gruñó con firmeza, pero sin mirarme—. No puedo hacerlo.

—Bueno, dejémoslo. El teniente conseguirá un piso para registrarlo.

Ya le había sacado todo lo que era posible sacarle al escrupuloso tipo, así es que me despedí de él sin hacer más comentarios y regresé adonde había dejado el coche.

Mi idea se había robustecido después de esta entrevista, y con la seguridad de confirmarla a base de paciencia me instalé en el coche y fumé cigarrillo tras cigarrillo pensando sin cesar.

Más tarde quedó un espacio vacío al otro lado de la calle, casi frente al edificio de Roxana y allí coloqué el coche.

Y seguí esperando, tratando de recordar los consejos de mi viejo profesor de la C.I.A., respecto a la paciencia en las persecuciones y vigilancias. Esos consejos no me sirvieron de mucho y media hora más tarde ya sentía tentaciones de largarme e iniciar las pesquisas por otro lado.

Pero seguí allí, vigilando la entrada de aquella casa y fumando sin cesar. Deseé que fuese cierto que la paciencia tiene siempre un premio.

La mía lo tuvo una hora y media más tarde.

CAPÍTULO VI

Las sombras habían caído ya sobre la calle. En la acera de enfrente, la brillante luz del interior del vestíbulo extendía un brillante rectángulo sobre la acera, obligando a palidecer a los faroles.

Contra esa luz se recortó su silueta. Su cabellera roja lanzó destellos de fuego al ser iluminada por detrás.

Tal como yo había supuesto, Roxy aparecía al fin.

Estuvo unos instantes delante de la puerta, como dudando del camino que debía seguir. Mientras duró su inmovilidad pude distinguir, en la parte de dentro, al portero que la miraba asombrado, rascándose la cabeza en el colmo de la perplejidad.

Finalmente, Roxana anduvo acera adelante hasta detenerse al lado de un rutilante «Cadillac» propio de una luminaria de Hollywood. Yo apreté el arranque y me dispuse a salir tras ella.

La vi cómo se acomodaba ante el volante del coche, y un instante después, aquella especie de acorazado se apartó majestuosamente de la acera y se alejó, ganando velocidad por momentos. Tuve que maniobrar violentamente para salir tras ella y no perderla de vista, ya que mi «Oldsmobile» no es precisamente un bólido de carreras.

Uno tras otro atravesamos la ciudad sin que la mujer pareciera advertir que era seguida. Así dejamos atrás todo el Bronx. Empecé a preocuparme al ver que a nuestras espaldas quedaba la ciudad y nos internábamos por carretera abierta, ya que si Roxana apretaba el acelerador a fondo, mi pobre cacharro se quedaría atrás irremisiblemente, perdiéndola de vista. Por otra parte, por carretera, y de noche era fácil que ella se diese cuenta de que la seguían un par de faros. Resultaba una condenada situación, pero habiendo empezado, no había más remedio que seguir adelante.

Siempre hacia el norte, siguiendo el curso del Hudson, Roxy se me despegó bastante, alejándose. Pero como sus faros me guiaban, el hecho de que se alejase aquella distancia más bien era una ventaja para mí. Sin embargo, no dejaba de inquietarme el posible destino de semejante viaje.

La monotonía de la persecución no se rompió hasta que hubimos

rebasado Terrytown. Después de pasar esa localidad, y un par de millas antes de llegar a North Terrytown, el gran «Cadillac» abandonó la carretera general internándose por una secundaria en dirección a la divisoria del Estado, como si pretendiera dirigirse hacia Connecticut. Allí la carretera atravesaba una zona poblada de extensos bosques y la oscuridad era total, de, manera que la dejé que siguiera adelantándose para intentar pasar más inadvertido. En la lejanía, el resplandor de las luces de su coche se deslizaba por entre los troncos y el ramaje de los pinos, delatando su ruta. Yo me limitaba a utilizar las luces cortas cuyo resplandor menos violento no era tan fácil de ser descubierto.

Habríamos recorrido unas cinco millas por esa nueva ruta cuando se extinguió súbitamente la aureola luminosa que me precedía. Levanté el pie del acelerador y dejé que el coche se deslizase en silencio hasta encontrar un lugar apropiado para dejarlo oculto, fuera de la pista. Allí di la vuelta y lo dejé de cara a la dirección que había traído hasta entonces, a punto de salir disparado en caso necesario. Después de esto, seguí a pie carretera adelante, rodeado de oscuridad y silencio, sintiendo una punzante inquietud que me obligaba a pegarme al borde de la carretera, lo más cerca posible de los árboles y arbustos que la bordeaban.

Perdí por completo la noción del tiempo y de las distancias, de tal manera que me hizo el efecto de que andaba millas y millas en la oscuridad antes no descubrí el brillo de los cromados del «Caddy». Por lo visto, Roxy había tenido la misma idea que yo, o sea, había dado la vuelta al gran coche y lo había dejado encarado hacia donde había venido. Después lo había sacado de la carretera dejándolo medio oculto.

Eso me dio que pensar. Examiné los alrededores, pero no hallé rastro de la muchacha. Yo había estado seguro de que acudía a una cita más o menos de negocios, pero en vista de sus precauciones eso quedaba descartado. Su visita era tan subrepticia como la mía.

Tras asegurarme de que ella no estaba por aquellos contornos, seguí adelante adoptando muchas más precauciones que antes. Una de tales precauciones fue empuñar la «Luger» y quitarle el seguro.

Tardé unos minutos en descubrir unas luces entre la arboleda, como suspendidas en las ramas bajas. Pero no estaban suspendidas en ninguna parte, ya que correspondían a las ventanas de una casa, invisible en la negrura que lo envolvía todo. Supuse que era allí donde se había metido mi perseguida, pero seguía sin explicarme el abandono del coche.

Redoblé las precauciones, deslizándose de tronco en tronco, hasta que una seca voz me detuvo.

—¡Quieto, no se mueva! —ordenó alguien, bastante lejos.

Quedé quieto, helado. No comprendía cómo habían podido descubrirme en aquel mar de tinta en que nos movíamos, pero no tuve tiempo de pensar en nada más porque la misma voz volvió a gritar,

furiolosamente.

—¡Le tenemos cubierto, no se mueva!

Lo único que yo podía hacer era permanecer inmóvil y esperar, con la pistola lista para abrir fuego. Durante unos instantes reinó un silencio completo, igual que si yo estuviera solo en todo el bosque. Después, y de repente, se inició una rápida carrera en alguna parte. Soñó una maldición y acto seguido una pistola ladró con un estampido chillón y seco. Imaginé que se trataba de un arma de pequeño calibre. Inmediatamente, otra más poderosa le respondió, o le hizo coro, que esto no quedó muy claro. Escuché el aullido de una bala pasar por entre el ramaje, muy por encima de mi cabeza. Los condenados debían tener ojos de gato, de lo contrario...

La segunda arma que había entrado en liza repitió su canción de muerte. Los pasos que corrían se habían perdido ya en la distancia, ahogados por la capa de hojarasca que cubría el sucio. De nuevo rugió un arma y pensé que ya era hora de que le hiciera los honores a ese saludo. Levanté la «Luger» y tiré dos veces del gatillo. Los dos estruendos formaron uno solo que más pareció un cañonazo que otra cosa.

Todavía sonaba el eco del disparo cuando me lancé de cabeza detrás de otro tronco cercano. Hubo unos instantes de extraño silencio. Después, alguien gimio y otro maldijo sin preocuparse de disimular su voz. Le lancé un plomo en su dirección y la voz calló, ahogada por el bramido de mi gran automática.

Gateé, alejándome de aquellos contornos. Entre los matorrales que me rodeaban podían escucharse de vez en cuando rumores sospechosos, pero yo no podía repartir tiros en todas direcciones solamente guiado por esos rumores.

De pronto, a muy poca distancia, se irguió la silueta de un hombre que empuñaba un arma. Estaba de cara a mí y todo daba a entender que me había descubierto. No perdí tiempo en preguntarle qué quería. Disparé sin apuntar y el hombre dio una voltereta grotesca y se derrumbó con un golpe sordo. No soltó ni un grito.

Cambié de lugar. Y entonces me di cuenta de que, en la oscuridad, me había acercado más a la casa. Las luces estaban ahora apagadas, pero el contorno de la edificación se recortaba contra la masa de vegetación del fondo. Me detuve, inquieto. Lo que yo quería era alejarme, de allí, no ir de cabeza a la boca del lobo.

Bien, solo me quedaba un recurso si quería salir de allí más o menos entero. Y era alejarme lo antes posible de aquel lugar.

Pero mi buena estrella me abandonó. Intenté serenarme y no me resultó nada fácil. Sentía la boca seca como el esparto. Tuve que reconocer que los tiempos en que situaciones semejantes eran para mí pura rutina habían quedado inmensamente lejos. En la presente ocasión me dominaban los nervios y deseaba con todas las ansias de mi alma

encontrarme a mil millas de allí.

Tratando de pisar como un gato, me aparté del tronco del árbol y caminé tres o cuatro pasos. No creo que fueran más. Algo tremendo me golpeó en la nuca y pensé en aquel instante que era el tronco del árbol que me había servido de refugio lo que me caía encima. Después de eso, no pensé nada más. Caí en una negra profundidad que muy bien pudo haber sido la de la muerte.

Cuando empecé a tener noción de que todavía vivía experimenté la sensación de que flotaba a trompicones por una región de sombras aterradoras. Tardé unos segundos en comprender que estaba siendo transportado entre dos hombres por un pasillo mal iluminado. Uno de ellos me sostenía por los pies y el otro por los sobacos, igual que un saco de patatas.

Parpadeé, pero si se dieron cuenta no hicieron comentario alguno. El que precedía el desfile soltó un puntapié a una puerta y la abrió de golpe. Entramos en una habitación a oscuras. Uno gruñó:

—Suéltalo ya.

No me soltaron. Me balancearon lo mismo que a un fardo y después me arrojaron violentamente. El batacazo volvió a sumirme en la inconsciencia. De nuevo la negrura que me rodeaba entró dentro de mí.

Más tarde volví a vivir. Necesité mucho tiempo para darme cuenta de este hecho, pero cuando lo comprendí traté de incorporarme y la cosa no resultó fácil ni mucho menos. Lo único que conseguí fue darme cuenta de cuánto me dolían los huesos y la cabeza. A pesar de todo, logré sentarme en el suelo.

Después me arrastré hasta tropezar con la pared. Parecía borracho y tuve que apoyarme contra el muro para no caer de bruces. Y casi sin buscarlo tanteé un interruptor y le di la vuelta, encendiendo una solitaria bombilla que pendía de un no menos solitario cordón.

Puede decirse que eso era todo cuanto contenía la estancia, si exceptuamos una desvencijada cama de hierro adosada a un rincón. Por lo demás, las paredes de cemento estaban desnudas y la puerta tenía un aspecto mucho más sólido del que yo hubiera deseado.

Me acerqué a la cama y me derrumbé sobre ella, exhausto. El mismo dolor y el cansancio hicieron que una especie de modorra viniera en auxilio de mi agotamiento, y no salí de ella hasta que el ruido de una llave al girar en la cerradura me despejó de golpe.

La puerta giró y entraron dos hombres. Ninguno de los dos tenía nada que envidiarle a un gorila. O quizá fuese el gorila quien no podía envidiar a aquellos tipos. Los dos empuñaban sendas automáticas.

—Vamos, levántese —ordenó uno.

Obedecí. Ellos se colocaron uno a cada lado de la puerta y me hicieron señas con las armas para que caminase. También obedecí y ellos me

escoltaron a lo largo de un pasillo, hurgándome la espalda con los cañones de sus armas.

Después de lo que me pareció un recorrido interminable, y tras haber atravesado una cocina, una habitación casi sin muebles y otro corto pasillo, me ordenaron detenerme y uno de ellos golpeó discretamente en una puerta. A través de ella nos llegó una voz culta y suave autorizándonos a entrar. Lo hicimos, siempre con las armas empujándome.

EL hombre que estaba sentado detrás de una gran mesa podía haber sido cualquier cosa, a juzgar por su aspecto, menos un delincuente. Era rechoncho, con doble papada, escaso cabello y ojos azules de expresión afable.

Sonrió al verme, igual que si diera la bienvenida a un invitado particularmente grato.

—Siéntese, míster Lane —dijo, amablemente—. No hay ninguna necesidad de estar incómodos mientras hablamos.

Me dejé caer en un ancho butacón y los dos gorilas se colocaron a mi espalda, siempre vigilantes.

El desconocido habló de nuevo.

—Creo que entre usted y nosotros hay un mal entendido, míster Lane.

—Yo no lo llamaría así —repuse con sequedad.

Estaba desconcertado, y hasta que no consiguiera situarme tenía que mantenerme a la expectativa.

El gordo sonrió y volvió a tomar la palabra:

—Deje de lado todas las suspicacias. Estoy dispuesto a poner las cosas en claro de una vez para siempre. Opino que, desde un principio, este asunto se ha llevado de una manera equivocada.

—Siga hablando —gruñí—. Tal vez así me entere de algo.

—Seguiré hablando, naturalmente. Mire usted, Lane... La situación es la siguiente: Nosotros poseíamos algo... Algo de inestimable valor, ¿comprende? —Hizo una pausa efectista antes de continuar adelante—. Ahora bien, eso tan importante nos fue robado. Alguien nos lo arrebató. Esa persona obró con gran astucia, de manera que cuando descubrimos el robo ya había pasado tiempo suficiente para que el ladrón colocase el botín en un lugar casi seguro.

—¿Puede decirme de una vez qué demonios tiene eso que ver conmigo? ¿Pretende decirme que yo les robé eso de tanto valor?

—No, amigo Lane. No se precipite y escuche. Cuando se haya hecho una idea del asunto, podrá decidir lo más conveniente para usted.

Así que ya me trataba de amigo. Sin saber exactamente por qué, el tipejo me repugnaba, y su amable familiaridad me alarmaba, cada vez más. Pero no tenía más remedio que seguir adelante y opté por callar.

El prosiguió:

—Tal como iba diciéndole, el ladrón colocó su botín en un lugar casi

seguro. Pero ese ladrón no era tonto. Sabía que le conocíamos y que tan pronto descubriésemos el robo le cercaríamos y no tendría escapatoria. Por eso, porque descubrimos el robo antes de lo que él sospechaba, se encontró con la imposibilidad de disponer de lo robado libremente. ¿Va comprendiendo?

—A medias. Siga adelante.

—Perfecto. Bien, el botín es trasladado a través de otras personas, pero sufren algunos contratiempos y no pueden continuar sus planes. Fingen que alguien lleva esa... mercancía, cuando en realidad la lleva otra persona, a la que, afortunadamente, también tenemos vigilada. Entonces, esa persona decide improvisar una escapatoria. Y aquí es donde entra usted en el juego.

—¿Sí?

—Efectivamente. Usted se encontró con una hermosa dama en un local, poco después de cierto tiroteo.

—Hable claro. Fue un asesinato.

—No voy a discutirle algo tan evidente —rió, como si estuviera divirtiéndose en grande—. Esa dama que usted encontró le hizo entrega del botín, aunque sospecho que sin decirle de qué se trataba. Y aunque usted no se diera cuenta entonces, ella le acababa de envolver en el asunto más peligroso de toda su vida.

—Así que ahora tengo yo ese condenado botín, tal como usted dice. ¿No es eso?

—Exactamente.

—Bueno, pues está usted loco de atar. Supongo que ese es el famoso paquete que sus hombres han tratado de quitarme, incluso destrozándome el apartamento.

—Esa era nuestra intención. Y esos son precisamente los medios que yo considero equivocados para tratar con usted. Y ya que ha sido tan... «amable» de venir hasta aquí, bueno será tratar de arreglar las cosas lo mejor posible. ¿No le parece?

—Puede usted burlarse todo lo que quiera. Tiene los triunfos en la mano, o colocados a mi espalda. Pero sabe usted muy bien que yo no he venido aquí para tratar con usted. Tampoco estoy aquí voluntariamente, sino porque sus esbirros me derribaron a traición y me encerraron. Y ahora, empiece a hacerse a la idea de que jamás he visto ese paquete ni sé una palabra de él.

En su cara nada hizo suponer que el hombre hubiese decidido cambiar de táctica. Sin embargo, su voz fue distinta cuando habló otra vez.

—No es nada inteligente por su parte seguir por ese camino. Dejando las frases de lado, le diré que está usted en nuestro poder, y que tenemos medios para arrancarle lo que queramos. —Sonrió de nuevo, con la misma amabilidad que había empleado hasta entonces, y prosiguió—: Pero yo no

soy partidario de esos métodos. Por eso he querido hablar con usted de hombre a hombre. Mi idea es comprarle ese paquete.

—¡No me diga!

—Comprárselo a muy buen precio. Eso representa un negocio redondo para usted. Va a embolsarse un dinero que no le habrá costado ningún esfuerzo conseguir.

—Empieza usted a interesarme —comenté con la esperanza de que siguiera hablando.

—Ya lo suponía. —Su voz era triunfal—. ¿Cuánto quiere?

—Prefiero que haga una oferta.

—Muy bien. ¿Qué le parecen dos mil dólares?

Eso me hizo comprender que lo que buscaban era verdaderamente valioso.

—Me parece una suma ridícula —opiné.

Una sombra pasó por su clara mirada.

—No trate de acabar con mi benevolencia —gruñó, ya con voz desprovista de amabilidad—. Le he hecho una generosa oferta por algo que a usted no le ha costado un centavo. Sea cualquiera la cantidad, es limpia dadas las circunstancias.

—¿Qué contiene el paquete, amigo mío?

Mi pregunta le desconcertó. En lugar de responder, murmuró:

—No necesita saberlo.

—Bueno. En ese caso, quince mil dólares es mi precio.

La cifra estalló como una bomba puesta bajo la mesa. Escuché el respingo de los dos mudos testigos de la escena y vi la oleada de sangre que subía a la cara del gordo personaje, que reaccionó poniéndose en pie y echándose hacia adelante sobre la mesa.

—He sido amable y generoso con usted, Lane, a pesar de las circunstancias. Recuerde que ha matado a dos de mis hombres en el bosque. Ha ocasionado un terremoto que pudo haber delatado este refugio, cosa que no ha sucedido afortunadamente por tratarse de un paraje deshabitado. Ahora bien, a pesar de todo esto, yo había decidido ser generoso. Pero veo que he perdido el tiempo.

Me levanté también y quedé enfrentado a él.

—O entro del todo en el juego —amenacé—, o los mando al diablo. Elija. Si entro en el juego tengo que saber por lo menos qué demonio contiene el paquete.

—Siéntese —ladró.

—Al diablo.

Hizo una seña. Un mazazo en mi hombro me hizo caer sentado con un chispazo de dolor procedente de la clavícula. El brazo izquierdo me quedó paralizado y gemí ahogadamente.

—Mi trato con usted ha cambiado ahora, Lane —anunció el fofó

tiparraco, siempre inclinado sobre la mesa—. Va usted a entregarnos lo que queremos sin percibir nada a cambio. Y va a ser ahora.

—¡Y un cuerno!

Otra seña. Y otro mazazo en el mismo lugar que el anterior, pero más fuerte. Esta vez el golpe me arrojó fuera de la butaca igual que a un muñeco.

—Quizá eso le haga comprender que no bromeo... —dijo.

—¡Maldito sea usted, sapo!

—Mi nombre es Manning, aunque presumo que de nada le va a servir saberlo. ¿Dónde está el paquete, o el sobre, que eso no está muy claro? Pueden haberlo guardado en cualquier lugar.

—¡Váyase al infierno! —le espeté.

No podía dejarme vencer tan fácilmente. Tenía que mantener el tipo y ganar tiempo en espera de una oportunidad.

Manning rodeó la mesa andando despacio, calmosamente. Vi cómo se acercaba a una pequeña mesa adosada a un rincón de la estancia y tomaba una larga fusta de equitación, flexible y vibrante como una serpiente. Comprendí sus intenciones y no pude evitar un estremecimiento.

—Se dará usted cuenta de cuán peligroso es exasperarme, Lane —farfulló entre dientes.

Me levanté de un salto, pero antes que pudiera hacer otro movimiento, la larga serpiente de cuero silbó en el aire y estalló contra mi cuello. Creí volverme loco de dolor. Sin fuerzas, caí hacia atrás, sobre la butaca, y allí me sujetaron los dos esbirros lo mismo que si me hubiesen clavado contra la tapicería.

—Este es un ejercicio que nunca me cansa —rió el gordo.

Le miré. Por entre un velo de sangre pude apreciar la gran transformación sufrida por aquel rostro. Sus ojos habían perdido hasta el color azul y se habían vuelto grises y pálidos, desprovistos de toda expresión humana. No se necesitaba ser ningún lince para comprender que Manning gozaba sádicamente haciendo daño.

Algo ardiente como una llama estaba abrasándome el cuello, allí donde el látigo había golpeado. Empecé a pensar que había llegado demasiado lejos. Ahora no podría hacerle creer que no sabía una maldita palabra del dichoso paquete.

—¿Quiere colaborar amistosamente, Lane, o debemos seguir adelante?

—Pierde usted el tiempo, Manning —balbucí.

—Yo no lo considero así, siempre que me divierta —rió.

De nuevo silbó la fusta, y de nuevo dolores de agonía me invadieron. Tras los primeros instantes de impotencia a causa del dolor y de la huida de mis fuerzas, deseé estrujar aquella babosa entre mis manos, aplastarlo como a una cucaracha... Y me debatí entre los férreos brazos de los dos gigantes. Hubiera tenido las mismas posibilidades de librarme de unas

argollas de acero.

El látigo subió y bajó dos veces más, restallando con un seco chasquido. Comencé a perder la noción de las cosas. Los colores de las paredes y los muebles se confundieron en una danza salvaje y pensé que iba a morir allí mismo, sufriendo todos los tormentos del infierno en manos de aquel engendro infrahumano.

—¿No ha cambiado de opinión, estúpido? —babeó Manning, con sádica satisfacción.

Si entonces hubiese cedido, le habría causado una desilusión al impedirle seguir adelante, azotándome. O quizá hubiera seguido igualmente...

De todos modos, siguió. Mi resistencia llegó al límite y su voz vino de muy lejos cuando ordenó:

—Soltadlo.

El golpe contra el suelo casi resultó agradable después del infierno soportado. Pero todavía allí me golpeó un par de veces más, hasta que ya no sentí sus golpes ni sus carcajadas de loco...

Al recobrar el sentido, no sé cuánto tiempo después, descubrí que seguía tendido en el mismo sitio. Cerca de mi distinguí los pies de uno de los gorilas, y a medida que iba aclarándome la mente, escuché las voces que hablaban desde un lugar cercano.

Abrí los ojos y los fijé en la mesa. Había otro personaje allí, sentado en la misma butaca en que me había sentado yo. Manning estaba en pie delante del desconocido y su actitud era de respeto, casi de temor.

El recién llegado era quien estaba hablando.

—¿Y no has conseguido nada? —preguntó en aquel momento.

—En absoluto. No comprendo a ese tipo. Le he hecho una oferta de compra y la ha rechazado. Mejor dicho, ha pedido quince mil dólares por algo que ni siquiera sabe lo que es... Luego se le ha despertado el interés por averiguarlo y he tenido que frenarle ese interés a golpes. No —repitió—, no le comprendo.

—¿Estás seguro de que no pertenece a la misma organización que esa mujer?

—Seguro completamente. Antes de su encuentro en el cabaret jamás se habían visto. Lo he comprobado.

—Eso no importa para que sean compañeros de trabajo.

—Podemos descartar esa posibilidad. No pertenece a esa gentuza.

—Bien. Tal vez se le han despertado los sentimientos patrióticos.

Los dos rieron. Comencé a comprender el avispero en que me había metido al escucharles.

Entonces descubrieron que yo estaba escuchando y el desconocido vino hacia mí.

Su voz acusaba una acentuada pronunciación extranjera. Y era irónica

cuando preguntó:

—¿Cómo se encuentra nuestro huésped?

Me senté en el suelo.

—¿Qué diablos pinta usted aquí? —indagué, a mi vez.

—Mi nombre es Chernoff, míster Lane. Aunque el saberlo no le servirá a usted de nada porque va a morir...

A pesar de estar ya convencido de esto, una sensación helada recorrió mi cuerpo.

CAPÍTULO VII

—Lo único que falta decidir —prosiguió el tipo—, es la manera cómo morirá. Y eso, míster Lane, depende enteramente de usted.

Su cinismo, y la carencia total de matices en su voz, eran lo más estremecedor de aquel hombre. Era una voz que, sin retórica alguna, muy bien podía haber pertenecido a la misma muerte.

Manning se acercó a él y le cuchicheó algo al oído. Cuando calló, Chernoff gruñó:

—No se trata de divertirse con ese hombre, sino de obtener resultados. Hasta ahora no parece que hayas tenido mucho éxito, ¿no es así?

Manning parpadeó y no me quedó duda alguna de que estaba asustado. Por lo menos, yo estaba ya seguro de la clase de alimañas con las que me había enfrentado sin saberlo. Y después de todo, me quedaba el consuelo de saber que Roxy no militaba en su campo.

Chernoff se enfrentó de nuevo conmigo y sonrió. Una sonrisa de hiena dedicada exclusivamente a mí.

—Tenemos medios capaces de hacer hablar al más recalcitrante de los hombres, míster Lane —anunció, fríamente—. Sin embargo, excepto para Manning, para ninguno de nosotros resulta agradable aplicarlos. Usted va a morir esta noche y espero que este hecho le haga ver las cosas con la suficiente claridad. Ahora bien, míster Lane... Morir no resulta en absoluto doloroso cuando se muere de un tiro al corazón, pongo por ejemplo. He visto morir a centenares de hombres y mujeres, y ninguno de ellos se ha enterado siquiera de que moría. Esa es una muerte benigna. ¿No lo cree así?

—Váyase al diablo.

—Por otra parte —prosiguió, impertérrito—, se puede morir también con la cara destrozada, o con los dedos de las manos machacados uno a uno... o con hierros al rojo atravesándole el cuerpo. Le aseguro que esa manera de morir resulta hartamente desagradable. También así he visto morir a hombres y mujeres. Ninguno de ellos ha aguantado el tratamiento. Todos pedían que los mataran rápidamente. ¿Comprende lo que quiero decir, míster Lane?

—Lo comprendo.

—Bien. ¿Y qué decide?

—Nada. Están ustedes perdiendo el tiempo. No dudo de que van a matarme. Pero jamás podré decirles algo que ignoro por completo.

—¿Ahora sale con esas? —terció Manning, furioso.

—Le advierto que mi paciencia tiene un límite —me advirtió el ruso.

—He aguantado a Manning porque tenía la esperanza de enterarme del porqué de todo este lío. Pero lo cierto es que no sé una palabra de lo que andan buscando, tal como ya quedó demostrado cuando me asaltaron en mi propio apartamento. No contentos con eso, lo pusieron patas arriba, destrozándolo en busca de eso que quieren ustedes. Tampoco lo encontraron, por la sencilla razón de que yo no lo tengo.

—¿Quién lo tiene, entonces?

—No lo sé. Jamás he sabido nada de eso tan valioso que ha desencadenado ese barullo.

—Si eso es cierto, ¿cómo ha venido usted aquí? Y no pretenda decimos que ha sido por casualidad. Usted trataba de descubrirnos.

—Otro error. He venido aquí siguiendo a una mujer. Y precisamente la seguía con la intención de averiguar qué se llevaba entre manos, ya que ella era la que me, había envuelto en este asunto.

—Ya veo... Va usted a aferrarse a ese cuento.

El extranjero no creía una sola de mis palabras, y yo no podía hacer nada más para convencerle. Estaba perdido.

Sin embargo, me disponía a responderle cuando llamaron a la puerta. Manning ladró una orden y entraron el tuberculoso y su acompañante. A la vista de aquel hombre, volví a sentir un miedo casi cerval. Pero esta vez no se fijaron en mí, sino que hablaron con Manning en voz baja. Sus palabras tuvieron la virtud de excitarle. Se encaró con Chernoff y habló, balbuciente:

—La pelirroja logró escapar. Según parece, se dirige hacia aquí con varios de sus compañeros. ¿Qué hacemos?

Chernoff maldijo en su idioma natal y pareció a punto de agredir a su compinche. Pero logró calmarse y volvió a ser el hombre frío y cerebral a cuyo cargo debía estar aquella rama de la red de espionaje en América.

—Vamos a marcharnos de aquí. Nos llevaremos a Lane. No hemos terminado todavía con él. Dos de los hombres se encargarán de su traslado y custodia, y me responden de él con su cabeza. Ya saben que yo no admito fracasos. ¿Comprendido?

Servilmente, todos asintieron. Y Manning eligió para mi traslado al tuberculoso y a su compañero. Era lo único que me faltaba para terminar de perder la poca esperanza que todavía me quedaba.

Frenéticamente, con unas prisas que delataban el miedo que sentían, me empujaron fuera de la estancia y me obligaron a andar hasta la parte

trasera de la casa. Allí había tres coches de poderoso aspecto, y no me costó reconocer en uno de ellos el «Cadillac» desde el que habían asesinado a la pelirroja en la acera.

Manning y su jefe se instalaron en un «De Soto» reluciente. A mí me empujaron sin contemplaciones hacia el «Cadillac». El tuberculoso abrió la portezuela trasera, y cuando me incliné para entrar, su compañero me «ayudó» con un certero puntapié, con lo cual caí sobre la alfombra. Las carcajadas de los dos héroes resonaron unos instantes en la quietud de la noche, hasta que la voz del ruso les ordenó silencio. Tras esto, el «De Soto» maniobró y salió disparado, seguido del otro coche cargado de gorilas. El último en abandonar el jardín fue el que me conducía, con el tuberculoso al volante y el otro pistolero sentado a mi lado, sin quitarme el cañón de la pistola del costado.

Alcanzamos a los otros en la carretera general. Las luces piloto nos guiaban certeramente, y de pronto emitieron una señal. Oscilaron rápidamente, encendiéndose y apagándose con insistencia. El que llevaba el volante, advirtió:

—Cuidado, Wray...

La presión de la pistola se acentuó. Agucé la atención en un vano intento de captar el peligro que veían, pero cuando lo comprendí, fue demasiado tarde para intentar nada.

Dos coches pasaron por nuestro lado como rayos en dirección contraria a la que nosotros seguíamos.

—Sus amigos —rió el tuberculoso.

—Sigo sin comprender nada —dije—. ¿A quiénes se refiere?

—¿No lo sabe?

Por lo visto la cosa le resultaba graciosa. Soltó una carcajada. El llamado Wray gruñó:

—Cuidado con el volante, Willet. Esta carretera es peligrosa de noche.

El gran coche se deslizaba a ochenta millas por hora y sólo el susurro del motor turbaba el silencio reinante. Cuando tomó una curva sin apenas aflojar la marcha, el pistolero que me custodiaba fue arrojado a un lado, con lo que el cañón de la pistola se apartó de mi unas pulgadas. Eso me dio una idea y esperé con ansiedad el próximo viraje.

Pero el primero que encontramos fue en sentido contrario, con lo cual la pistola se apretó brutalmente contra mí. Seguí esperando, con todos los nervios tensos y los sentidos aguzados al máximo.

Willet, el que hasta entonces yo había denominado «el tuberculoso», silbaba entre dientes una melodía monótona y desentonada. No parecía estar preocupado en absoluto, y de lo único que se ocupaba realmente era de seguir las luces rojas del coche que nos precedía, sin intentar nunca acercarse a él ni distanciarse más.

Yo también mantenía la vista clavada en los dos puntos rojos de allí

delante, deseando con todas mis fuerzas, que su resplandor aumentase de brillo al ser aplicados los frenos antes de entrar en una curva.

Y eso sucedió un par de millas más adelante. Vi cómo los dos puntos rojos se hacían más brillantes, volvían a adquirir el color normal y desaparecían de pronto. ¡Y habían desaparecido hacia el lado que me convenía!

Había llegado el momento.

Willet ni se molestó en frenar un poco antes de entrar en la curva. Desde luego, era mi conductor de primera, sin vestigio de nervios. Y para mí representaba una ventaja. A ochenta millas por hora, el poderoso «Cadillac» dobló inclinándose de lado con un chillido de neumáticos. Noté cómo desaparecía la presión de la pistola y el pistolero que la empuñaba se dejó caer hacia atrás, para apoyar la espalda contra el ángulo del asiento. Solo tuve que dejarme impulsar por la misma inercia del viraje, pero ayudándome con las manos, y caí sobre él como disparado por una catapulta. Mi izquierda— se cerró sobre su mano armada, mientras con la derecha le aplastaba al nariz de un salvaje puñetazo. El hombre se revolvió y abrió la boca, en un intento de gritar. Se la cerré de otro golpe no menos furioso que el anterior.

Aquella era una lucha a muerte y los dos lo sabíamos. El batallaba para dirigir la pistola contra mí y yo para alejarla. Entretanto, el tuberculoso había advertido lo que estaba sucediendo y volvió un poco la cabeza, gritando:

—¡Pégale un tiro, Wray!

Logré separarme un poco. Así pude adquirir impulso para mi próximo golpe, y además, pude calcularlo mejor. Mi puño se aplastó contra el cuello de Wray, hundiéndoselo. Más tarde me di cuenta del placer que me produjo hacerlo.

Eso acabó con él. En un último movimiento reflejo se llevó las manos a la garganta, intentando estrujársela en busca del aire que ya no podía entrar en sus pulmones, para lo cual tuvo que soltar la pistola. Me lancé al suelo tras ella en el instante en que Willet aflojaba la marcha y se volvía empuñando un revólver.

Desde el suelo del coche vi durante un fugaz instante la cara contorsionada del tuberculoso, en la que aparecía toda la maldad de aquel engendro, mientras me buscaba con el punto de mira. Me apreté contra el respaldo del asiento y los dos tiramos al gatillo al mismo tiempo. Su bala se incrustó en la alfombra, a una pulgada escasa de mi cabeza. La mía penetró por entre sus cejas y levantó un surtidor de sangre y partículas de cerebro que salpicó el tapizado del techo. Instantáneamente, su cabeza desapareció, y como consecuencia de todo esto, el coche empezó a dar bandazos de un lado a otro.

Frenéticamente, traté de levantarme para hacerme con la dirección del

vehículo. Pero mucho antes de conseguirlo, éste dio un salto, escuché un estrépito de metales desgarrados y un golpe espantoso me lanzó contra el respaldo que hasta entonces me había servido de parapeto. Estoy seguro que fue gracias a estar apretado contra ese respaldo que quedé con vida. Aturdido, pero con vida.

Semi inconsciente, me revolví entre los cuerpos de los dos criminales buscando una salida. La encontré por el lado derecho del coche cuya portezuela estaba abierta y medio desgarrada, y abandoné el humeante vehículo con pasos vacilantes. Todavía empuñaba la pistola con la que había disparado contra Willet. La guardé en un bolsillo y me aparté de los restos del «Cadillac», de cuyo motor brotaban ya largas llamas y humo negro. Después empecé a alejarme deseando que alguno de los dos asesinos que quedaban allí estuviera todavía con vida para que sufriera un anticipo del fuego del infierno.

Pero no tuve mucho tiempo para pensar en esto. Escuché el chillido de unos frenos en la carretera. Supuse que eran los pistoleros del coche que nos precedía, ya que forzosamente tenían que haber advertido los tiros y el topetazo. Esta idea me impulsó a buscar rápidamente refugio entre la vegetación.

Ya era tiempo. Alguien se acercaba corriendo, saltando los matorrales espinosos. Y no era uno solo.

Mientras permanecía al acecho, otro coche se detuvo en la carretera. A la luz de sus faros, distinguí la forma oscura del otro automóvil detenido allí. Nuevos pasos aplastaron ramas haciendo crujir la hojarasca del suelo.

La vez que hablé, no muy lejos de donde yo me encontraba, me produjo un sobresalto. Estaba seguro que jamás podría olvidarla. Era la voz de Chernoff, que se había lanzado también en mi busca con la ayuda de todos sus secuaces. Seguramente habían advertido que en el coche siniestrado solo había dos cuerpos, los de sus compañeros.

Hice cuanto pude para aplastarme contra el suelo y comencé a reptar de la manera que me habían enseñado durante la guerra. Naturalmente, esas lecciones quedaban ya muy lejanas y no estoy seguro de que lo hiciera con tanto sigilo como yo deseaba, pero el caso es que no me oyeron. Por otra parte, ellos producían suficiente ruido para ahogar el que pudiera producir yo.

Pero entonces se desparramaron, cubriendo una gran porción de terreno, como una batida. Iban rastreando todo a su paso con la sana intención de envolverme a mí dentro de aquella especie de semicírculo.

Afortunadamente, la noche era muy oscura y si tenían que descubrirme, forzosamente debía ser por el ruido de mi huida. Como una serpiente, fui alejándome de los restos del coche y de mis perseguidores. De vez en cuando, un arbusto erizado de espinos me obligaba a dar un rodeo, no sin antes avisarme de su presencia con algún desgarrón en la piel

de mis manos.

De pronto, escuché un rumor detrás de mí. Quedé quieto y contuve hasta la respiración. Efectivamente, unos pies tronchaban la hojarasca a pocos pasos de donde yo me hallaba... y fueron acercándose. Volviendo la cabeza, distinguí la oscura forma de un hombre, erguido y empuñando un arma. Durante unos largos instantes permanecimos los dos inmóviles, él escrutando la maleza. Pero no me descubrió. Siguió hacia la izquierda, siempre moviéndose lentamente y con precaución.

Me incorporé sobre una mano, levantando la cabeza y escrutando la oscuridad. Si cerraban el círculo, yo estaba perdido. A lo lejos brillaban los faros de situación de un coche detenido. Allí estaba la carretera.

Llegar a ella sin ser descubierto era la salvación.

Pero no podía llegar a ella porque había una barrera de asesinos buscándome con las armas dispuestas para hacer fuego.

De nuevo escuchó la voz del ruso, no muy lejos de donde me encontraba:

—No podemos perder tiempo con ese hombre. Disparen cuando lo descubran.

Una linda perspectiva.

Disparen cuando lo descubran, había dicho Chernoff. Eso me dio una idea.

Cada vez eran más cercanos los pasos de los que me buscaban, y sonaban en todas direcciones. Había que darse prisa.

Me inmovilicé y saqué la pistola que había pertenecido a Wray.

Levanté un poco la cabeza. No distinguí nada debido a la oscuridad, pero estaba seguro de que a mi alrededor, no muy lejos, estaban todos aquellos bastardos.

Aspiré aire y procuré que mi voz fuera lo más ronca posible, al mismo tiempo que apuntaba la pistola hacia la parte opuesta a la carretera.

Grité:

—¡Ahí está!

Y apreté el gatillo.

Sonó el disparo. Instantáneamente, alguien gritó allí delante, en un tono de desesperada advertencia. Pero no le sirvió de nada. Un revólver rugió en una sucesión de estruendos, infernal e inmediatamente otros le hicieron coro como si se hubiera desencadenado un terremoto. De todas partes partían tiros en la dirección que yo había señalado. El desgraciado que había gritado estaba listo.

Su grito agónico se elevó en la noche, por encima del estruendo de las armas.

Alguien gritó triunfalmente:

—¡Ya está, le dimos!

Todos corrieron en alud hacia el caído.

Yo corrí en dirección contraria, hacia la carretera. Me dije que estaba libre...

¡LIBRE!

Pero me había precipitado. Casi me estrellé contra uno de los pistoleros que venía hacia mí procedente de los coches. Seguramente era el que se había quedado vigilándolos.

El hombre me reconoció con solo verme. El más estúpido asombro se pintó en su cara, y ese mismo asombro le hizo ser tardo en levantar la pistola. Disparé dos veces, y el desgraciado ya estaba muerto antes siquiera de haberse dado cuenta de que moría.

Salté por encima de él y me precipité hacia los coches. El que estaba más cerca de mí era el «De Soto» y salté dentro de él como si volara.

Unos segundos después corría a más de setenta millas por hora sin preocuparme de la dirección a tomar. Si se decidían a seguirme quería tener cuanta más distancia posible entre ellos y yo.

Pronto comprendí que estaba alejándome cada vez más de la ciudad. Y también comprendí que no me seguían. Probablemente habían decidido que era inútil, y temiendo que alguien hubiera escuchado los disparos de la batalla, se habían encaminado hacia su refugio, fuese este el que fuera.

El cuenta-millas marcaba noventa cuando decidí aflojar esa marcha suicida. Si acababa de escapar de una muerte cierta, no era sensato suicidarse entonces.

CAPÍTULO VIII

Eran las nueve de la noche siguiente cuando abandoné el tren en la estación Pensilvania. Salí a la calle en la Octava Avenida y me maravillé de ver otra vez las fabulosas luces de Nueva York parpadear a mí alrededor y por encima de mí, después de haber estado seguro de que ya jamás iba a volver a verlas.

Porque había estado seguro de morir durante la noche anterior.

Había abandonado el «De Soto» en la carretera y había dejado pasar todo el día vagando de un lado a otro, antes de decidirme a tomar el tren rumbo a la ciudad. Cabía la posibilidad de que los bastardos a las órdenes de Chernoff hubieran estado buscándome, y a mí no me interesaba dejarme ver durante el día, de momento.

Sin embargo, y por primera vez en mi vida, me sentía perdido en la ciudad. No tenía idea de lo que iba a hacer de inmediato, ni del lugar más conveniente adónde ir. No cabía pensar en mi apartamento, ya que este sería el primer lugar que vigilarían. Quedaban dos posibles refugios: Paul Staples y Roxana.

A Paul sería preciso darle demasiadas explicaciones. Y yo no estaba del todo seguro de esas explicaciones debido a la ambigua posición de Roxy.

En cuanto a ésta, también me inquietaba lo suyo. Si pertenecía a una banda rival de Chernoff, cosa más que probable, dada su actuación, yo mismo iría a colocarme en las brasas después de huir del fuego. No era la primera vez, ni sería la última, que dos organizaciones de espionaje se enfrentaban para apoderarse del mismo secreto, una dispuesta a venderlo

al mejor postor, y la otra cumpliendo órdenes de unos agentes extranjeros determinados.

Y a mí me habían pillado en medio.

Resultaba una postura muy incómoda.

Al fin decidí que lo primero que se imponía era llenar el estómago y adecentarme un poco. Para cumplir ambos deseos, busqué un pequeño restaurante situado en la Calle 30 Oeste y me encerré en el lavabo. Cuando salí de él y me senté frente al mostrador, tenía la sensación de estar, por lo menos, presentable.

Comí lo suficiente para no necesitar hacerlo en un par de días y me encontré casi nuevo. A no ser por el hiriente recuerdo de Manning me hubiera sentido en paz con medio mundo. Pero con Manning había una deuda pendiente.

Era una cuenta que algún día habría que saldar.

Llamé a un taxi y me hice conducir a las cercanías del domicilio que Roxy me había endosado como suyo. Una vez allí di unos paseos para estudiar el terreno con la sana intención de prevenir posibles tropiezos, y al fin me decidí a entrar.

—Tras el mostrador de recepción se aburría un tipo al que yo no conocía. Eso era un inconveniente y una ventaja al mismo tiempo. Me acerqué a él, que me miró con indiferencia.

—Quiero ver a los hermanos que ocupan el 199. ¿Puede enterarse de si están en casa?

—Un momento —dijo.

Manipuló en la centralita telefónica y escuchó unos instantes por el auricular. Al fin me miró con la misma indiferencia de antes y colgó el aparato.

—No contestan. Tendrá que dejarlo para otro día.

—Malo. Necesito hablar con ellos cuanto antes.

—Pues ya ve me no están arriba.

—¿No los ha visto usted salir?

—No. Pero solo llevo un par de horas de servicio. Quizá hayan salido cuando estaba aquí mi compañero.

—¿Cómo podría ponerme en contacto con él?

—¿Con quién?

—Con su compañero, naturalmente.

—¡Oh, ya comprendo!

Me miró con suspicacia. La indiferencia había desaparecido de su actitud. Seguramente estaba pensando que la propina bien podía ganársela él.

Murmuró:

—No le aconsejo que vaya a su casa. Vive muy lejos de aquí, y si yo puedo ayudarle...

Mis ideas bullían a todo gas. Lógicamente, alguna de ellas debía estar acertada.

—Quiero hablar con su compañero, aunque sea por teléfono y tiene que ser ahora mismo —exigí, con voz resuelta.

—Bien. No sé si a él le gustará que le llamen a su casa.

Un billete colocado sobre el mostrador le «convenció» de que el otro estaría encantado con la llamada. El mismo marcó el número, y cuando contestaron me pasó el teléfono.

Una voz preguntaba al otro lado del hilo:

—¡Diga! ¿Quién llama?

—Escuche —dije—. Estuve anoche preguntándole por los hermanos del 199. ¿Me recuerda?

—Naturalmente. ¿Qué sucede?

—Solo quiero que responda a unas preguntas. ¿Ha visto usted salir al hermano... o a la pelirroja durante el día?

—No. ¿Cómo voy a verla a ella si está muerta?

—Bien, no se dispare. Después de hablar nosotros salió de aquí otra pelirroja de campeonato. Usted la vio también y la siguió hasta el portal. ¿No es cierto?

—Sí, y me dejé atónito. Se parecía a la otra como si fuera su hermana gemela.

—Tal vez lo sea. Lo que ahora quiero saber es si ha vuelto usted a verla mientras ha estado de servicio.

—Sí... Mejor dicho, la he visto dos veces más.

—Eso me interesa. Cuente, por favor.

—Regresó unos minutos después de entrar yo de servicio, ya de día. Subió directamente, sin preguntar nada. El ascensor se detuvo en el piso treinta, por lo que imagino que iría a reunirse con el hermano de la muerta.

—Es muy posible. ¿Cuándo volvió a verla?

—Tres o cuatro horas más tarde... o quizá había pasado más tiempo, no estoy seguro. Ha bajado en compañía de dos hombres a los que yo no había visto nunca. Y ninguno de los tres daba la sensación de estar muy alegre.

—¿Por qué?

—Que me registren. Ha sido una impresión. Uno de ellos ha dicho algo de un coche que esperaba.

Sentí que el estómago se me subía a la garganta al imaginar lo sucedido.

—¿Cómo iba la muchacha? —pregunté, conteniendo mi impaciencia—. Quiero decir —me apresuré a aclarar— si parecía caminar forzosamente o...

—Ella iba entre los dos tipos. Es verdad que iban muy juntos, ahora

que recuerdo, pero no ofrecían un aspecto sospechoso, si es eso lo que quiere decir.

—¿Reconocería usted a los dos hombres si volviera a verlos?

—Seguro.

—Bien. Otra cosa y terminamos. ¿No ha visto al hermano en ningún momento?

—No.

—Bueno, eso es todo. Ya nos veremos.

Colgué antes que pudiera hacer ninguna pregunta. El portero de guardia había escuchado descaradamente mi charla, pero no había podido comprender nada de nada. Para él, todo aquello carecía de significado. Y quería saber más. Por eso preguntó:

—¿Qué pasa con los del 199?

—No lo sé... y me gustaría saberlo —respondí, pensativo.

Cuando levanté la cabeza y tropecé con la expresión codiciosa de aquel fulano pensé que tenía la papeleta resuelta, por poco que la suerte me acompañase.

—¿Quiere ganarse veinte dólares? —le pregunté, inclinándome sobre el mostrador.

—¿Veinte pavos?

—Justamente veinte. Que unidos a los cinco que le he dado hace un momento, hacen un bonito sobresueldo.

Sonrió con astucia y vaciló.

—No está mal, pero depende de lo que haya que hacer para ganarlos.

—Casi nada. Usted tiene una llave maestra. Sáquela y vayamos a echar un vistazo al 199.

La idea no pareció gustarle mucho.

—Eso es tanto como jugarme el empleo.

—¿Quién diablos va a saberlo? No estaremos allí más que unos momentos.

—No. Es demasiado arriesgado... por veinte dólares.

—Ya veo. Quiere que aumente la cifra —gruñí—. Pero quítese esa idea de la cabeza. Mi interés por hacer esa visita vale exactamente veinte dólares.

—Me gustaría ganar ese dinero, pero... es demasiado expuesto.

Me encogí de hombros y fingí una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

—Usted se lo pierde, amigo. Hasta la vista.

Inicié la retirada. Solo la inicié, porque el hombre me detuvo antes que hubiese dado dos pasos.

—Un momento —llamó apresuradamente—. Podemos encontrar una fórmula para proteger mi empleo sin que usted se quede sin su visita al 199.

—¿De qué está hablando?

—Mire, yo le entrego a usted la llave maestra y usted sube a ese apartamento solo. Si alguien le descubre le diré que usted, aprovechando un descuido mío, me ha robado la llave. ¿De acuerdo?

—No me gusta mucho la idea, no crea...

Naturalmente, mentía a la descarada. Precisamente era lo que más podía desear: entrar solo en el apartamento de los dos hermanos.

—Es la única manera de conseguir lo que usted quiere —insistió el tipo. Y añadió—: A pesar de todo, me parece que veinte machacantes no pagan el riesgo.

—¿Qué demonio de riesgo? El único que lo correrá en todo caso seré yo, después de pagar.

—Así, ¿estamos de acuerdo?

—Qué remedio me queda...

Le entregué los veinte dólares y él me dio una llave. No me entretuve con más discusiones, sino que me precipité dentro del elevador y lo disparé hacia el piso treinta.

Vi la cerrada puerta del 207 y recordé a Roxana. Solté una maldición en voz baja y busqué al 199, que estaba situado al final del pasillo, junto al recodo de éste. La llave giró silenciosamente en la cerradura, abrí la puerta y me deslicé dentro, cerrando inmediatamente.

El apartamento se parecía al de Roxana como una gota de agua a otra. Los únicos detalles que variaban un poco eran los cuadros de las paredes y algún mueble. Solo faltaba la presencia de Roxy para que yo empezase a tener ideas raras.

Lo primero que visité fue la cocina. Suspiré satisfecho al ver que mi idea había sido acertada. Allí estaban todos los utensilios que habíamos utilizado para nuestra cena galante. Incluso las botellas que habían estado encerradas en el aparador estaban ahora en la cocina, como mudos testigos de un traslado apresurado.

Empecé un rápido registro en busca de algún dato que delatase la personalidad de los habitantes del apartamento. Me interesaba saber qué clase de gentes eran y en qué bando militaban. Y también deseaba hallar algún dato que pudiera aclararme qué era el contenido del fatídico paquete.

Pero en esos aspectos no tuve ningún éxito, aunque sí lo obtuve en otro muy distinto.

Fue al abrir la puerta del cuarto de baño. Dentro de la bañera había un tipo, cuyos ojos estaban fijos en mí con tal inmovilidad que sentí cómo se me erizaba el cabello.

Indudablemente, el hombre estaba más muerto que Matusalén. Ni siquiera se habían preocupado de cerrarle los ojos, y su espantoso mirar daba escalofríos. La sangre había teñido sus ropas de un color pardo sucio

y estaba completamente seca. Tuve que hacer un enorme esfuerzo para avanzar. Cuando estuve a su lado comprobé que había adquirido la rigidez de un tronco. Dios sabe el tiempo que llevaba muerto.

Abandoné el cuarto de baño y encendí un cigarrillo con dedos que temblaban, en un vano intento de calmar mis nervios. Me pregunté qué debía hacer y la respuesta que obtuve fue terminante. Avisar a Paul. Mis huellas debían estar esparcidas por todo el apartamento y no había que pensar en borrarlas. Era una tarea imposible.

Me acerqué al teléfono y llamé a Paul Staples a su despacho. Tuve la suerte de encontrarlo. Me dijo que estaba de servicio, y tras esa explicación quiso saber:

—¿Dónde demonios te habías metido? He estado muy intranquilo pensando que te había sucedido algo. ¿Cómo no te has puesto antes en contacto conmigo?

—Porque no tenía nada importante que decirte.

—Y ahora, ¿lo tienes?

—Creo que sí.

—Veamos de qué se trata.

—De un cadáver —dije, hablando despacio.

—¿De qué?

—De un cadáver —repetí—. Un fiambre. El cuerpo de un hombre apuñalado.

—Espera un instante. ¿Estás diciéndome que tienes entre manos un hombre muerto, y apuñalado, además?

—No precisamente entre las manos, pero sí metido, en una bañera, a menos de una docena de pasos de donde me encuentro ahora.

—¡Por todas las furias del infierno! —estalló—. ¿Dónde estás?

—En la misma casa donde te llevé en busca de Roxana, la pelirroja, pero esta vez en el apartamento 199,

—Está bien. No te muevas de ahí, ni dejes entrar a nadie. Y no toques nada, ¿de acuerdo?

—Eso último ya no es posible. He estado tocando algunas cosas.

—¡Maldito seas! —aulló. Y colgó el teléfono.

Hubiera podido añadirle que pensaba tocar algunas más, pero no me dio ocasión.

Aproveché el tiempo. Registré lo que me faltaba del apartamento, pero esta vez con la mano envuelta con el pañuelo.

Pero muy bien podía haberme ahorrado el trabajo. No encontré nada de interés.

Paul me encontró tumbado en el fondo de una ancha butaca, y no me habría costado nada cerrar los ojos y quedarme dormido como un tronco. Eran ya muchas horas de lucha, de andar de un lado a otro, de ser golpeado, apaleado y lanzado fuera de la carretera a bordo de un coche.

Todo ello estaba formando una montaña de agotamiento dentro de mí, que cada vez me costaba más esfuerzo arrastrar.

—¿Dónde está el cadáver? —ladró el teniente en cuanto hubo cerrado la puerta en las mismas narices del aterrado recepcionista.

Los dos sabuesos que le acompañaban me miraban, con no disimulado interés.

—Allí —señalé.

No les acompañé. Me quedé sentado, mientras ellos; desaparecían dentro del cuarto de baño y comenzaban a trabajar y a gruñir su desagrado en todos los tonos.

El sueño me vencía. Paul lo ahuyentó con un par de sacudidas que por poco me arrojan fuera del butacón.

—¿Quieres prestar un poco de atención a lo que te estoy diciendo? —gritó, furioso.

—Mira, Paul, estoy agotado, rendido y hecho una piltrafa. El sueño me gana la partida y...

—Siempre que te encuentro metido en un lío, estás medio muerto de sueño. No vayas a decirme esta vez que también has pasado un día y una noche en compañía de una fulana, porque si es así te encierro sin más averiguaciones.

—No pierdas el control, Paul. Cuando te cuente lo que me ha sucedido, te vas a caer de espaldas.

—Si es tan enorme el embuste, es posible que sí. Ahora, veamos. ¿Conocías al muerto?

—No.

—¿Cómo diablos has venido aquí, entonces?

—Obtuve el informe de que en el edificio vivía una pelirroja. Y se me ocurrió pensar que muy bien podía ser la que asesinaron en la acera. Acerté, ¿sabes?

—Bueno, supongamos que eso sea cierto. ¿Qué has venido a hacer aquí?

—La muchacha muerta ocupaba este apartamento en compañía de un presunto hermano suyo. Imagino que se trata de ese tipo de la bañera. Por eso he venido aquí, para hacerle algunas preguntas...



Me empujaron sin contemplaciones hacia el "Cadillac"...

4 - PELIRROJA

—Ya.

—Escucha, Paul, y deja que te cuente cómo he llegado a algunas conclusiones.

—Puedes hablar mientras esperamos que llegue el doctor, pero trata por todos los medios de decir algo sensato. Este maldito asunto va a volverme loco.

—Ahora verás... Primero, ese hombre muerto. Observarás que solo hay sangre sobre sus ropas. La bañera está limpia, lo cual quiere decir que fue muerto en otro lugar. Y apuesto la mano derecha que ese lugar es mi propio apartamento. Haz que analicen su sangre y compárala con la encontrada en mi casa y...

—Pienso hacerlo. Sigue.

—Bien. Echa un vistazo a la cocina y encontrarás todo lo que utilizamos Roxana y yo para la cena. Cuando yo me marché, ella se apresuró a trasladarlo todo aquí. Ni siquiera se preocuparon de lavarlo. Yo estaba seguro de que tenía que haber sucedido así, ya que el portero entró de servicio a las ocho, de manera que ella no tuvo tiempo material de lavarlo y sacarlo del edificio. Eso me hizo pensar que todavía debía estar metido entre estas paredes.

—Y has acertado. *Okey*. ¿Dónde para ahora esa hermosa pelirroja?

—También yo quisiera saberlo. Pero escucha el resto y ata cabos.

—Adelante.

—Roxy me tomó el pelo para tenerme alejado toda la noche de mi apartamento, de esta manera permitía a su compinche, ese tipo muerto, que lo registrase sin estorbos. Pero ellos no contaron con que los otros habían tenido la misma idea. Los mismos tipos que me habían asaltado a mí volvieron aquella noche con ánimo de ponerme el apartamento patas arriba. Allí se tropezaron con el supuesto hermano de la pelirroja y le dieron el pasaporte.

Paul hizo una mueca y gruñó:

—No puedo imaginar a ese par de asesinos cargando luego con su víctima y trasladándola aquí. Es demasiada amabilidad por su parte. Más bien creo que salieron disparados en cuanto terminaron el registro.

—Yo no he dicho que fuesen ellos quienes trasladaron el cadáver. Ese desgraciado debía tener otros cómplices, aparte de Roxy. Ellos debieron presentarse en mi casa al ver la tardanza de su enviado y lo encontraron apuñalado. Supongo que lo trasladaron aquí para ocultar el crimen mientras fuera posible. No les interesa que la policía arme demasiado escándalo mientras no se hayan apoderado de lo que andan buscando.

—A propósito, ¿tienes ya alguna idea de lo qué es?

—Sí, pero muy vaga.

—Eso es menos que nada. Veámosla.

—Creo que se trata de secretos.

—¿Qué?

—Espionaje. Eso es lo que ha desencadenado esta ensalada.

—¡Por todos los santos! Lo único que nos faltaba.

Paul iba a seguir lamentándose cuando uno de los hombres que se habían quedado en el cuarto de baño surgió llevando un billetero en la mano.

—Eche un vistazo a eso, teniente —dijo.

Yo también me acerqué, para lo cual tuve que abandonar la butaca. Mis doloridos huesos protestaron, pero irguiéndome, miré por encima del hombro de Paul.

Y lo que vi me heló la sangre en las venas.

El agente había desgarrado una esquina del billetero, y de entre las dos pieles de que estaba formado salió una tarjeta rectangular, en una de cuyas esquinas estaba adherida la fotografía del muerto. Pero lo que me puso los pelos de punta fue la vista del sello en relieve que llevaba estampado aquella cartulina.

Era el sello del Departamento de Justicia de los Estados Unidos.

El muerto era un agente federal, seguramente de los destinados al contraespionaje.

Paul levantó la cabeza, parpadeó, y me miró fijo a los ojos. En su frente se marcaban profundas arrugas.

—¿Te das cuenta del avispero en que te has metido?

Asentí con una sacudida de cabeza, incapaz de hablar.

El remachó:

—Te has portado de tal manera, Jerry, que los compañeros de ese hombre deben estar convencidos de que has entregado su secreto a los espías enemigos.

—Sí, y esos malditos espías están seguros que yo me he guardado eso tan valioso y me andan a la zaga para darme el pasaporte. Esta es una situación como para pegarse un tiro y terminar de una vez.

Leí el nombre escrito en la tarjeta: Budd Matlin, treinta y dos años...

Asesinado.

—Hay que hacer algo antes que sea demasiado tarde —refunfuñó Paul entre dientes.

—Piensa tú si es que puedes —le dije—. Mi cabeza parece que esté vacía desde que he visto ese carnet.

—Yo creo que lo está desde mucho tiempo antes.

Dio media vuelta y se metió en el cuarto de baño.

Volví a dejarme caer en el butacón. Me encontraba mucho más débil que antes.

Imaginé mi situación. Era como para echarse a llorar. Podía

considerarme emparedado entre los federales y los espías a las órdenes del amigo Chernoff... y la idea no resultaba precisamente alentadora.

CAPÍTULO IX

Los fotógrafos estaban guardando las cámaras y aparatos en sus estuches. El doctor se había marchado y solo faltaba esperar la llegada de los camilleros, que se llevarían el cadáver, para marcharnos nosotros también.

Paul, tras un prolongado silencio, habló, pensativo:

—La identidad de ese cadáver abre nuevas perspectivas a tu hipótesis... Podemos dar por cierto que la pelirroja muerta trabajaba con él. Por eso se hacían pasar por hermanos.

—¿Y qué papel le asignas a Roxana en esta comedia? —pregunté.

—Olvidas que ni siquiera la conozco. De todas maneras, si es cierto que está moviéndose contra esos espías, puede muy bien estar trabajando para los federales.

—Quizás sí, pero en ese caso me desconcierta su manera de actuar con respecto a mí.

—¿Qué hay de raro en eso? Te engatusó, eso es todo. Tienen sus propios sistemas de trabajo, unos métodos que se apartan bastante de lo que consideramos ético. Y, eso, tanto tú como yo lo sabemos por experiencia. ¿O lo has olvidado ya?

—No, pero cuando nosotros poníamos en práctica esos métodos estábamos en guerra. Eso nos obligaba a actuar de manera muy distinta a cómo lo haríamos ahora.

—Para los espías no existe la paz —replicó, sin dejar de pasearse de un lado a otro—. Para esa gente lo único que cuenta es vencer, sin importarles los medios de que se valen para obtener esa victoria.

Tuve que reconocer que Paul llevaba razón en lo que decía. Renuncié a seguir discutiendo y contemplé cómo se despedían sus hombres.

Se cerró la puerta y Paul y yo nos quedamos solos.

El gruñó:

—Tendré que ponerme en contacto con la Oficina Federal... Lo malo de esa gente, Jerry, es que jamás sueltan prenda, sepan lo que sepan. Y apuesto a que están enterados de que Matlin ha muerto. Pero no les conviene reconocerlo públicamente mientras no tengan cerrado el caso.

—Bueno, eso para ti no tiene importancia! Que resuelvan ellos sus problemas.

—Ya los resuelven. Y no les hace maldita la gracia el que se carguen a sus hombres. Armarán una tremolina cuando eso trascienda al público.

—Y tú, ¿qué piensas hacer?

—Seguir buscando. Aunque cada vez sé menos lo que he de buscar.

—Tal vez yo pueda ilustrarte un poco si te cuento lo que me sucedió anoche. Pero después de ver a ese desgraciado creo que lo que tengo para contar incumbe a los federales.

—Dímelo a mí de momento.

Se lo conté. Desde que había seguido a Roxy hasta que había luchado a tiro limpio. Y también lo que siguió luego hasta que conseguí escapar. Al terminar comprendí cuánto le había interesado con solo verle el rostro.

—Debes haber pasado ratos muy malos —comentó.

—Han sido peores. ¿Qué opinas ahora de todo este embrollo?

—Estoy desconcertado. Pero lo que sí está demostrado es que el contenido del famoso paquete debe ser muy valioso. No llegarían a esos extremos de no ser así.

—Bueno, su gran interés en liquidarme también se debe a que yo les conozco a todos, incluido Chernoff. Puedo identificarlo en cualquier momento.

—Suponiendo que puedas echarle la vista encima.

Estuvimos haciendo comentarios al respecto hasta que llegaron los enfermeros para llevarse el cadáver. Cuando salieron nosotros les seguimos, y en el vestíbulo el teniente obligó al portero a identificar al muerto.

—¿Era el inquilino de 199? —preguntó.

—Sí... Sí, señor —el hombre se atragantó con la impresión.

—¿Desde cuándo tenía alquilado ese apartamento? —siguió Paul.

—Aproximadamente unos tres meses.

—Tres meses, ¿eh? —rezongó Paul—. Bien; quiero una lista de inquilinos, y la quiero ahora. No me importa esperar.

—Pero... tendré que copiar todo el libro y...

—Copíelo. Nosotros esperaremos aquí.

No le gustó el trabajo al portero, pero no tuvo más remedio que hacerlo.

Paul le advirtió:

—Tenga en cuenta que después comprobaré la lista nombre por nombre con el libro. Y ponga también la fecha en que fue alquilado cada apartamento.

Nos apartamos un poco del hombre. Yo pregunté:

—¿Supones que alquilaron ese apartamento para estar cerca de alguien a quién vigilaban?

—Casi estoy por afirmarlo. Quiero ver si se alquiló algún otro apartamento pocos días antes de que lo fuera el 199. Aparte, claro está, de comprobar la personalidad de todos los ocupantes del edificio. Cabe en lo posible que el sospechoso habitase aquí desde mucho tiempo antes.

—Tal vez...

Esperamos mientras el portero terminaba de copiarla lista. Paul fumaba calmadamente, pero a mí me era difícil disimular mi impaciencia. Deseaba salir de allí cuanto antes para poner en práctica una idea que se me había ocurrido respecto a Roxy. No podía olvidar que en aquellos momentos la muchacha debía estar en poder de los esbirros de Chernoff.

No me importaba la personalidad de Roxana. No podía olvidar lo sucedido entre ella y yo en aquel apartamento alquilado. Y tampoco podía dejar de pensar en que, gracias a ella, había tenido una oportunidad de escapar cuando estaba en poder de Manning y el ruso. El tuberculoso había anunciado que «la pelirroja» y sus compañeros se acercaban y eso había sido suficiente para que emprendieran la marcha, con lo cual me había facilitado la fuga.

Paul se inclinó sobre el mostrador y comprobó nombre por nombre. El portero, inquieto, no le quitaba ojo. Los nervios tiraban de mí hacia la calle.

—Okey —gruñó Paul al terminar—. Eso está conforme. Ya nos veremos.

Echamos a andar hacia la calle. Una vez en la acera se volvió a mí, preguntando:

—¿Quieres que te lleve a alguna parte?

—No. Quiero dar un paseo para ver si pongo algo de orden en mis ideas...

Me miró con la sospecha reflejada en sus pupilas.

—Me gustaría saber qué clase de ideas son esas —dijo, ya al lado de su coche.

—Puedes adivinarlo fácilmente, Roxana. Estoy inquieto por ella.

—Ya veo.

Siguió mirándome con la misma fijeza hasta que logró inquietarme. Entonces murmuró:

—Muy bien, hombre listo. Sigue con tu romance.

—Sonrió y añadió con otro tono de voz—: Pero ten en cuenta una cosa, amigo. Si vuelves a meterte en otro lío, o aparece otro cadáver a tu alrededor, te encerraré por una temporada. Necesito trabajar con tranquilidad, ¿comprendes?

—Comprendo.

Se metió en su coche. Antes de apartarse de la acera sacó la cabeza por la ventanilla e inquirió:

—¿Piensas ir a tu apartamento, Jerry?

—Naturalmente, aunque no sé a qué hora.

—Bueno.

Hizo un ademán de despedida y el coche se alejó. Yo seguí por la acera dando los últimos toques a mi proyecto. Iba a correr un riesgo, pero Roxana lo valía. Por primera vez me pregunté si estaba enamorado de ella. Aparté esa idea y llamé a un taxi. Di la dirección de mi apartamento y me acomodé en el asiento, pensando en cuántos pistoleros encontraría esperándome. Solo pedía al cielo que me dieran tiempo a prepararme.

Pagué la carrera y antes de penetrar en casa di un vistazo a mí alrededor. No distinguí nada sospechoso, pero no por eso me sentí tranquilo.

Mi apartamento ofrecía un aspecto pasable, después de la visita de la señora Bowles. La mayoría de mis efectos estaban otra vez en su sitio y ya solamente los muebles despanzurrados pregonaban el vandálico asalto de que habían sido víctimas.

Incluso mis viejos recuerdos de guerra reposaban de nuevo sobre la repisa.

Saqué la pistola que había pertenecido al gorila de Chernoff y la coloqué sujeta por el cinturón, bastante a la vista. Después me apoderé de uno de mis bélicos recuerdos y tuve el tiempo justo de guardarlo en el bolsillo antes de que alguien llamase a la puerta. A pesar de haber estado esperando algo semejante no por eso dejé de estremecerme.

Abrí la puerta y me encontré delante de dos tipos que pregonaban a voces su ocupación. Entraron de un salto, con los revólveres empuñados y una mirada glacial en sus inexpresivos ojos.

—No queremos escándalo si podemos evitarlo —advirtió uno de ellos—. Pero estamos dispuestos a armarlo si se pone tonto.

El otro cerró la puerta y se acercó a mí.

—¿Qué sigue ahora, gorilas? —pregunté.

—Va a venir con nosotros. Llevamos horas esperándole, así es que ya estamos cansados. Queremos irnos a casa... con usted.

El otro intervino:

—No hables tanto. Cúbrele mientras le quito las uñas.

Me abrió la chaqueta y vio enseguida el arma. Se apoderó de ella y comentó con burla:

—No me diga que pensaba utilizarla.

—Ustedes no me han dado la oportunidad —dije.

—Ha sido una suerte para todos.

Me empujaron hacia la puerta. No encontramos a nadie por el camino y llegamos hasta el coche que esperaba sin tropiezo alguno. Dentro del coche había otro satélite que mantenía el motor en marcha y fumaba tranquilamente un cigarrillo.

—Ya era hora —masculló el chófer.

Condujo el coche con mano segura, alejándose del centro cada vez más. Empecé a pensar que tal vez había llegado demasiado lejos en mis cálculos. Si el lugar de llevarme a donde estaba Chernoff para seguir discutiendo el asunto del paquete, tal como yo había supuesto que harían, me llevaban a cualquier paraje solitario y allí me soltaban dos tiros, casi no tendría ninguna oportunidad. Y mi idea era que allí donde estuviera Chernoff estaría también Roxana.

Íbamos ya por carretera abierta. Los tres fulanos mantenían la boca cerrada y yo malditas las ganas que tenía de hablar, de manera que más parecía que nos dirigíamos a un funeral que a otra cosa. Bien, después de todo era muy posible que fuera mi propio funeral...

Estaba pensando en eso cuando el coche disminuyó la velocidad y de pronto torció por un camino secundario. Un minuto después estábamos delante de una casa que, a primera vista, daba la impresión de una granja abandonada.

El coche se detuvo. La puerta de la casa se abrió y salió otro tipo para darnos la bienvenida. Entre éste y los que me habían traído me obligaron a entrar, siempre cubierto por sus armas.

No me había equivocado. Se trataba de una granja de pobre aspecto, con muebles sucios y rústicos. Otro de los refugios de aquellos tipos para casos de urgencia.

Penetramos en una amplia estancia. Chernoff me miró a la cara, sin que de sus labios se borrara la helada sonrisa que yo ya conocía. A su lado, el sádico Manning se retorció los dedos con nerviosismo.

Pero casi al instante dejé de interesarme por ellos. Mis ojos cayeron sobre la postrada figura de Roxy, derrumbada sobre una silla, al lado de una destartalada mesa. En su hermosa cara habían dejado huella los golpes de aquellos canallas. Tenía el vestido roto y por esos rotos asomaba su piel suave, en la que igualmente aparecían evidentes señales de los malos tratos recibidos.

La muchacha hizo un esfuerzo y levantó su bamboleante cabeza. —Me miró. En sus apagados ojos hubo un destello que se apagó al instante. Antes que su cabeza cayera otra vez murmuró con voz rota:

—Jerry...

—Hola, Roxy —dije, avanzando hacia ella—. ¿Qué te han hecho esos hijos de perra?

—¡Quieto ahí! —gritó Manning.

No le hice caso y seguí avanzando hasta estar al lado de Roxy. Le levanté la barbilla obligándola a mirarme y traté de sonreírle con la loca idea de darle ánimo.

Chernoff habló por primera vez.

—Le hablé a usted de mis métodos, míster Lane. Naturalmente, a ella también tuve que decirle algo semejante. Ha sido muy lamentable que no

haya querido hacerme caso. Ya ve usted el resultado...

Me volví hacia él con todas las furias del infierno ardiendo dentro de mí. En aquel instante supe que tenía que matarlo con mis propias manos solo por lo que le había hecho a Roxy.

Mi voz resultó ronca y violenta cuando dije:

—Es usted una rata cobarde que tiene que ser aplastada antes que pueda hacer más daño, Chernoff.

Se rió. Su risa no significaba nada. Era de dientes para afuera.

—No está usted en situación de aplastar a nadie —dijo sin dejar de sonreír—. Debe darse cuenta de lo poco que puede hacer estando en mi poder. Por segunda vez he conseguido echarle el guante y...

—Yo sabía que iba a echarme el guante —le interrumpí.

—¿Sí?

Evidentemente, no me creía en absoluto. Había tiempo de hacérselo comprender.

Hablé de nuevo:

—Supongo que sigue interesado en obtener ese paquete. ¿No es así?

—Naturalmente. Por eso está usted aquí.

Un gemido de Roxy me obligó a mirarla. Había levantado la cabeza y sus ojos eran suplicantes.

—¡No, Jerry! —exclamó, con voz ahogada—. ¡No se lo entregues!

Manning avanzó hacia ella y levantó la mano. Yo di un salto al mismo tiempo que gritaba:

—¡Quieto, perro!

Se inmovilizó. Escuché los pasos de alguien que se me venía encima por detrás, pero antes que consiguieran detenerme caí sobre el sádico Manning y le aplasté la nariz con un bárbaro puñetazo. El gordo salió volando, yendo a aterrizar sobre la mesa. Esta se hizo añicos y Manning quedó entre los trozos, inmóvil y sangrando como un cerdo.

Los dos pistoleros cayeron sobre mí, pero antes que pudiésemos liarnos a golpes, Chernoff dio un grito y los tres nos quedamos quietos. Luego habló, y su voz no había perdido un ápice de su calma.

—Manning ha sido lo bastante estúpido para ganarse ese golpe. Pero usted, Lane, no vuelva a provocar ninguna violencia o haré que le inutilicen para toda su vida.

Con un ademán ordenó a los dos pistoleros que se apartaran de mí. Dirigió una indiferente mirada a Manning y nadie hizo un gesto para ayudarlo.

Chernoff se apoyó en una silla y se encaró conmigo.

—Va usted a darme ese maldito sobre, Lane. Y esta vez no voy a perder tiempo. Por lo que veo, usted aprecia a esa muchacha, lo cual encuentro muy natural. Es hermosa... muy hermosa. Bien; ella es mi argumento, ¿comprende?

—Siga hablando.

—Es fácil. O me entrega usted lo que quiero, o verá usted lo que Manning y sus hombres hacen con esa mujer delante de sus propias narices. Y no crea ni por un momento que no hablo en serio.

—Estoy seguro de que es capaz de destruirla sin que se borre la sonrisa de su asquerosa cara. Pero eso no quiere decir que pueda usted hacerlo.

—Ya le he dicho que no quiero discutir. ¿Dónde está el sobre?

—¿Se trata de un sobre?

Me volví hacia Roxy, que me miraba intensamente. Le sonreí como pude y ella murmuró:

—No se lo entregues, Jerry... No importa lo que hagan conmigo.

—Lo gracioso de esto, cariño —repliqué suavemente—, es que no podría entregárselo aunque quisiera hacerlo. Jamás he tenido ese sobre en mi alrededor. ¿Cómo se te ocurrió armar todo este lío a mí alrededor?

Chernoff estaba perdiendo la calma. Su sonrisa había desaparecido.

Manning comenzaba a moverse y a gemir. Yo estaba seguro que los restos de su nariz debían dolerle, como mil diablos.

Pero lo más desconcertante fue la reacción de Roxy. Se enderezó un poco, y murmuró:

—No hablarás en serio, Jerry...

—Naturalmente que hablo en serio.

—Pero... Pero yo te...

Se interrumpió bruscamente y un relámpago pasó por su mirada. Durante un breve instante se iluminó su cara y hasta creo que una sombra de sonrisa aleteó en sus labios.

Eso acabó de confundir mis ideas.

Manning había conseguido levantarse, apoyándose en una silla. Desde allí me miró con ojos de loco y gruñó:

—¡Te arrancaré la piel a tiras!

—Vale más que emplees tus energías con la muchacha, Manning.

La voz de Chernoff hizo que un estremecimiento corriera por mi espalda. Acababa de autorizar a Manning a descargar su sádico furor sobre Roxy.

—Había llegado el momento de actuar.

Retrocedí unos pasos. Vi a Manning cómo trataba de mantenerse erguido sin ayuda de la silla, mientras con un pañuelo restañaba la sangre que seguía brotándole de su rota nariz.

Metí la mano en el bolsillo, y antes que nadie pudiera evitarlo tenía empuñada una bomba de mano, mi viejo recuerdo de guerra. Le arranqué la aleta del seguro de un tirón y ordené:

—Quiero ver todas las armas en el suelo, cerdos, antes de un segundo.

Ninguno se movió. Para acabar de decidirles, arrojé la aleta al suelo.

Era curioso que la vieja bomba fuera capaz todavía de ganar una batalla.

Las armas fueron cayendo con secos golpes. Chernoff miró a sus hombres con furia desbordante.

—¿Por qué no le habéis registrado, imbéciles? —gritó.

—Le hemos quitado la pistola —se excusó uno de ellos, añadiendo—: ¿Cómo íbamos a sospechar que llevaba una bomba?

Chernoff me miró. Dijo fríamente:

—Yo llevo un arma en el sobaco. Estoy tentado de desafiar su decisión, Lane. No creo que se atreva a arrojar la bomba estando su amiguita presente.

—De nuevo se equivoca, Chernoff. Es preferible morir de una vez a ser torturado. La bomba no estallará mientras esté en mi mano ya que el muelle está sujeto. Pero si caigo, o si la suelto, volaremos todos. Saque el arma que lleva en el sobaco. Y usted también, Manning.

Sin volver la cabeza me dirigí entonces a Roxana.

—¿Puedes andar, Roxy?

—Creo que sí...

—Muy bien. Márchate de aquí. Escapa sin perder tiempo. Yo me entenderé con esos bastardos.

—Pero... ¿y tú?

—No te preocupes. Con tal de mandar a esos cerdos al infierno no me importará acompañarles. Vamos, no pierdas tiempo.

Escuché sus gemidos cuando se levantó. Se acercó a mí por detrás con pasos vacilantes. Casi rozándome murmuró:

—Quiero que sepas que estás luchando por nuestra patria, Jerry. Tú, yo y otros como nosotros defendemos la libertad. Que Dios te proteja...

Se alejó. Yo retrocedí para tener a todos delante de mí, bien visible.

Cuando se cerró la puerta detrás de Roxy sonreí y miré a Chernoff fijamente.

—Ya lo ha oído —dije—. Esa muchacha ha terminado con mis dudas. Hasta ahora no sabía exactamente qué representaba ella en este drama. Ahora lo sé, y voy a decirle a usted que vamos a volar todos de una maldita vez. Yo no puedo irme sin que usted me detenga, y no puedo tampoco dejar de vigilarles un instante. ¿Ha comprendido?

Había comprendido. También Manning lo comprendía, y gimió mirando suplicante a Chernoff.

Avancé despacio, con la intención de empuñar alguna de las armas que estaban en el suelo. Por el rabillo del ojo vi la seña que Chernoff hacía a sus hombres, y cuando uno de ellos saltó hacia mí yo salté a mí vez, alejándome de él. Al mismo tiempo arrojé la bomba. Después pensé en Dios y me cubrí la cabeza con los brazos.

Mi cara golpeó el suelo en el momento que la explosión semejaba derrumbar el mundo. Fue un estallido espantoso allí dentro, entre las

paredes que multiplicaron la fuerza destructiva del artefacto.

Algo candente me rasgó la espalda. Sobre el hombro izquierdo pareció golpearme un martillo pilón, y mientras el estruendo iba multiplicándose como un largo trueno, algo se derrumbó. Una pared se vino abajo. En medio de semejante terremoto hubo un inacabable ruido de cristales pulverizados.

De todo esto quedó una formidable humareda. El humo se mezcló con el polvo formando una densa niebla a mí alrededor. Después, la niebla me pareció que se volvía gradualmente negra mientras una sima sin fondo se abría ante mí.

Caí por ella y todo se acabó.

Cuando comencé a surgir del abismo de inconsciencia en que me había hundido, lo primero que advertí fueron unos dolores atroces en la espalda. Maldije mentalmente mi mala suerte, sin acordarme de nada más.

Quizá todavía estaba lanzando esas maldiciones cuando algo semejante a un cuchillo se introdujo en mi hombro, barrenándolo. Gemí y, como si vinieran de muy lejos, escuché mis propias maldiciones de viva voz. La cosa iba bien si era capaz de escucharme.

Después fueron otras las voces que ladraron junto a mi oreja. Y el cuchillo al rojo que estaba barrenándome se trasladó a mi espalda y allí alguien se entretuvo en escarbar como si quisiera hacer un boquete de parte a parte.

Mis gemidos se hicieron más violentos y logré escucharlos de nuevo.

Eso me animó.

Después de eso, alguien dijo a gritos:

—¡Basta! Dele usted algo que le mantenga inconsciente mientras trabaja.

—Es cuestión de un minuto. De todas formas, todavía está casi inconsciente...

¡Diablos inconsciente! ¿Qué estaba sucediendo allí?

Otra vez el barreno en mi espalda. Hasta que la misma voz de antes gruñó:

—Listo. Ya solo falta venderlo.

Otro hizo un descubrimiento:

—Está moviendo los párpados.

Abrí los ojos. En el primer instante pensé que la bruma de la explosión seguía invadiendo el mundo. Pero luego, paulatinamente, fue aclarándose y pude distinguir los borrosos rostros inclinados sobre mí. También me di cuenta de que estaba tendido en alguna parte, con la cara apoyada en una almohada, y unas manos suaves me acariciaban justamente allí donde antes me torturaban. El descubrimiento más agradable fue el de la dueña de esas manos. Era una enfermera con un busto de campeonato, que me vendaba la espalda con gasas y tiras de cinta adhesiva.

Un hombre con una bata blanca estaba quitándose unos guantes de goma manchados de sangre. A su lado, Paul me miraba con no poca inquietud. Habló con voz segura.

—Ya hablarás luego, Jerry... Ahora estate quieto.

Esperé a que la curvilínea enfermera dejase de trabajar en mi espalda. Cuando se apartó, advertí que había quedado corto al apreciar su anatomía. Tenía un cuerpo capaz de llevarme al fin del mundo.

Sonrió al mirarme. Su voz musical dijo:

—No hay nada roto... Pronto estará bien.

No contesté, pero estuve viéndola alejarse hasta que desapareció por la puerta. Entonces le pregunté a Paul:

—¿Está Chernoff entre los muertos?

Negó con un movimiento de cabeza. El alma me cayó a los pies. El aclaró:

—Por lo menos no hay ninguno que se parezca a la descripción que me hiciste de él.

—Y a Roxy, ¿la has visto?

—Ha ido a la ciudad. Cuando nosotros llegábamos aquí la hemos encontrado en la carretera, medio loca de terror. Nos ha contado la situación de la casa, y lo que tú estabas haciendo. Pero antes de que pudiésemos intervenir ha estallado todo esto. Ella nos había dicho que tú tenías una bomba, pero casi no lo he creído...

—Pues era cierto.

—Ya me he dado cuenta. Has sido un condenado loco, Jerry. Te has metido en la boca del lobo como un estúpido, y todo por sacar a esa mujer del atolladero. Siempre serás un sentimental.

—De acuerdo, pero había que hacerlo. Y ahora dime, ¿cómo has llegado tan a tiempo?

—¿Tú qué crees? Me dijiste que ibas a ocuparte de ciertos planes relativos a Roxana, lo cual fue para mí como un anzuelo que me tendías. Bien, mordí el anzuelo y mandé a un par de hombres que vigilaran tu apartamento. Llegaron en el momento justo en que salías en compañía de dos orangutanes. Uno siguió el coche en que te llevaban y el otro corrió a ponerme en antecedentes. Y cuando el que te seguía comunicó el lugar en que estabas vinimos hacia aquí sin perder tiempo.

Le miré y vi que sonreía animosamente. Bien, asunto resuelto.

Traté de incorporarme y Paul me ayudó. Entonces advertí que me habían trasladado a otra habitación de la granja. No había ni un cristal sano a la vista, y una de las paredes estaba agrietada.

—Hay que capturar a Chernoff —dije. Aquel tipo se había convertido para mí en una obsesión.

—Creo que tengo una idea de dónde puede haber ido. Vamos a marcharnos de aquí y lo comprobaremos.

Me ayudó a andar hacia su coche. Yo quise saber:

—¿Qué idea es esa?

—Bueno, he pensado que si los federales alquilaron aquel apartamento fue para poder vigilar a alguien que habitaba otro cercano. Y si suponemos que Chernoff es el jefe de esa organización. ¿Por qué no suponer también que él es el inquilino que vigilaban la pelirroja y su presunto hermano?

—Comprendo...

—Si Chernoff se ve perdido querrá destruir todo documento o pista que pueda haber en su apartamento, por lo que seguramente se ha dirigido allí. Ya tengo a dos de mis hombres vigilando el edificio.

—¡No me digas! ¿Cómo saben a quién tienen que vigilar?

—Al único habitante de la casa que está inscrito con nombre extranjero.

Experimenté un gran alivio. Con un poco de suerte todavía podría hacer pagar a Chernoff lo que había hecho con Roxy.

Paul me instaló en el coche y éste salió como un bólico rumbo a la ciudad. Por el camino empecé a pensar y al fin expuse también mi idea:

—Oye, Paul —empecé—. Creo que he descubierto lo sucedido con la muchacha muerta...

—Cuenta.

—Bien, imagina que una mujer pelirroja fuera la encargada de trasladar el sobre aquella noche, y que los secuaces de Chernoff lo supieran... Forzosamente irían por ella, o tratarían de arrebatarle el sobre, que lógicamente debía llevar en el bolso. ¿Comprendes?

—Empiezo a verlo.

—Naturalmente, Roxy y sus amigos no son tontos. Mientras una mujer pelirroja emprendía la marcha, otra, Roxy, llevaba realmente los documentos o lo que sea que contiene el sobre. Roban el bolso a la muchacha y la matan como escarmiento, o para demostrar lo bestias que son...

—Y entretanto, Roxy traslada el sobre.

—Eso es. Pero de repente se da cuenta de que también está vigilada. Y se deshace de lo que la compromete.

—¿De qué manera?

Me eché a reír. En lugar de responder dije:

—Deja que meta un par de plomos a Chernoff y te diré el resto.

Refunfuñó y protestó, pero me mantuve firme. Afortunadamente el coche estaba ya deteniendo su marcha. Habíamos llegado a destino, y eso impidió que Paul siguiera insistiendo en hacerme hablar.

Un hombre se nos acercó en cuanto estuvimos fuera del auto. Era uno de los agentes apostados allí.

—Sin novedad, señor —dijo—. Ese hombre no ha salido.

—¿Pero saben si está dentro?

—El portero dice que sí. Por cierto, que según el portero, el extranjero ha llegado en un estado lamentable, lleno de rasguños y polvo.

Paul y yo nos miramos triunfantes.

—Es nuestro hombre, Paul —exclamé, entusiasmado.

—*Okey*. Quédese usted y su compañero abajo, por si intenta escapar. Y tengan cuidado, es un tipo peligroso. Que el portero se lo indique a ustedes si aparece...

El agente se alejó y nos precedió cuando entramos en el edificio. Paul se enfrentó con el portero.

—Ese tipo que ha llegado cubierto de polvo y de arañazos... Supongo que es el del 208. ¿No es cierto?

El portero tragó saliva.

—Sí, señor.

—Muy bien. Por si se nos escapa a nosotros, indíquesele usted a mis hombres si lo ve. ¿De acuerdo?

El hombre asintió con un gesto, asustado. Nosotros nos metimos en el ascensor.

Al salir de éste vimos que el pasillo del piso treinta estaba desierto.

—¿Crees que se entregará? —masculló Paul.

—Lo dudo.

La puerta del 207 me recordó a Roxy y la noche pasada allí con ella. Pero Paul estaba yo oprimiendo el timbre del 208. Oímos el repiqueteo en el interior, esperamos, y nadie acudió a abrir.

—Tiene que estar aquí —dije.

—Sí.

Paul repitió la llamada, al mismo tiempo que sacaba su revólver de reglamento.

—Es capaz de salir soltando tiros —dijo de mal talante.

Tampoco esta vez hubo respuesta.

—Echemos la puerta abajo —sugerí.

—Se necesita un mandamiento judicial para hacer eso.

—Chernoff no se preocupa de mandamientos judiciales para sus crímenes. Puedes descerrajar la cerradura con un balazo y...

—Te repito que no puedo hacerlo sin jugarme el cargo.

—Pero yo sí.

Fue un impulso repentino. Alargué la mano y le arrebaté el revólver de la suya. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo intentó contenerme, pero no pudo evitar que disparase contra la cerradura, que saltó entre un estallido de madera rota.

—¡Maldito seas! —gritó Paul.

No pudo decir más. Otro estampido resonó en alguna parte. Pero su sonido nos llegó a través de la puerta.

—¿Qué demonios...? —empezó el policía.

De un puntapié terminó de abrir la puerta. Había una ventana al fondo de la estancia y una figura humana se apartó de ella en el instante que resonaba otro tiro y la bala arrancaba astillas del marco de dicha ventana.

—¡Allí está! —grité, excitado.

—¡Dame el revólver! —bramó Paul, loco de furia.

No le hice caso, y un disparo de Chernoff le obligó a zambullirse al otro lado del pasillo, apartándose de la puerta abierta. Yo grité:

—Aquí estoy, Chernoff. ¿Cree que escapará esta vez?

Su respuesta fue una sucesión de disparos que arrancaron el estuco de la pared de enfrente.

Cuando cesó de tirar aspiré aire y me planté en medio del portal de un salto. Vi al criminal escurrirse hacia una habitación y disparé repetidamente, casi sin apuntar, una y otra vez. Tuve el placer de ver al ruso saltar en el aire, rebotar contra la pared y acusar los impactos uno a uno, mientras iba escurriéndose pared abajo hasta quedar acurrucado en el suelo igual que un muñeco roto.

Ni siquiera advertí que el percutor golpeaba una cápsula vacía.

Paul me arrancó el revólver de la mano, soltando una catarata de maldiciones. El entró primero en el apartamento. Chernoff yacía en el suelo convertido en una criba.

—Te has asegurado, condenado —rezongó Paul, mirándome.

—Había jurado hacerlo —dije con voz ronca.

Paul dio un vistazo a su alrededor y se fijó en las astillas de la ventana.

—Me gustaría saber quién ha disparado desde fuera... Sea quien sea, ha impedido que Chernoff escapara por la escalera de incendios.

Una voz dijo desde la puerta.

—Yo he hecho ese trabajo.

Me volví de un salto. Allí estaba Roxana, sucia y con las señales de lo que habían hecho con ella, pero esgrimiendo un revólver del «38» que pregonaba la verdad de su afirmación.

—¡Usted! —jadeó Paul.

Ella sonrió. Tiró el revólver sobre una butaca y se precipitó hacia mí. Un instante después estaba en mis brazos y su boca estrujaba la mía igual que un puñetazo.

Cuando se apartó dijo:

—Regresé aquí directamente, después de mi encuentro con la policía...

—Todo eso está muy bien —rezongó Paul—; pero ¿qué pinta usted en esta ensalada?

Roxy hundió la mano en el bolsillo de su falda deportiva y la sacó mostrando algo reluciente en la palma.

—Ya lo suponía —reconoció el teniente—. Federales por todas

partes... Por lo menos, ¿puede decirnos usted qué andaban buscando Chernoff y los suyos?

—Fotografías... Ustedes habrán oído hablar de un nuevo experimento que se está preparando con un gigantesco cohete... Bien, en realidad se trata de una enorme bomba de hidrógeno que va a ser detonada en la estratosfera. El sobre que todos andamos buscando contiene fotos de todo esto, aparte de un diminuto plano del cohete, fotografiado también.

—Ya veo... Y yo lo tengo, ¿no es eso?

—Deberías tenerlo, por lo menos —asintió Roxy.

Paul dio un salto.

—Has estado negando todo este tiempo que lo tuvieras —masculó—. ¿Vas a decirme ahora que estuviste mintiendo?

—Jamás he visto ese sobre, Paul, pero creo que sé dónde está.

Roxy me atajó:

—Creo que será mejor que vayamos a buscarlo cuanto antes, Jerry. Después tengo algo que decirte.

—Yo también a ti, encanto. Y no va a gustarte.

Salimos con rumbo a mi casa. Durante el trayecto cambiamos impresiones sobre lo que había sucedido hasta entonces. Y a juzgar por lo que Roxy confesó, mi hipótesis sobre la muerte del federal encontrado en la bañera era totalmente acertada. No les convenía que fuera hallado demasiado pronto. Querían primero tener cerrado el caso antes de darle publicidad.

Paul no estaba de humor. Seguía creyendo que le había estado tomando el pelo.

EPILOGO

La señora Bowles nos recibió orgullosa del éxito obtenido en su trabajo. El apartamento estaba otra vez limpio y en perfecto orden, y la buena mujer esperaba una catarata de alabanzas. Y se quedó esperándolas.

—Usted llevó un traje mío a la tintorería —dije—. ¿Dónde está lo que encontró en los bolsillos?

Se escandalizó. Nunca la habían tratado con tanta desconfianza. Intentó explicarme que si no me fiaba de ella bien podía empezar a buscarme otra asistenta.

No la dejé terminar.

—No se trata de eso... Quiero saber dónde dejó usted lo que había en los bolsillos de aquel traje, eso es todo.

—¿Dónde iba a dejarlo? Quedó encima de la librería...

Volví la cabeza. Y allí estaba. Incluso un paquete medio vacío de cigarrillos...

Y el sobre. Un sobre que yo jamás había visto.

—Te lo deslicé en el bolsillo mientras estábamos bailando, querido —susurró Roxana, apoderándose de él y examinando rápidamente el contenido.

Paul casi se quedó ahogado de la impresión.

—Y ha estado ahí, expuesto a la vista de todo el mundo...

—Eso es —le dije—; al alcance de la mano. Los que registraron el apartamento no buscaron en los bolsillos del traje. Y después, las cosas se han precipitado y no se me ha ocurrido pensar en eso.

Paul miró a Roxana con el ceño fruncido.

—Tuvo usted una idea endemoniada al meter ese sobre en el bolsillo de Jerry —comentó.

—Yo sabía que me vigilaban, aunque lo descubrí demasiado tarde para cubrirme. No tenía medio de desprenderme del sobre sin correr el riesgo de que fuera a parar a manos de esos canallas, por eso lo deslicé en el bolsillo de Jerry, pensando en recuperarlo cuanto antes, o bien yo misma o alguno de mis camaradas. Era el medio más seguro de...

—De mandarme al infierno —la interrumpí—. Me liaste en todo este embrollo sin advertírmelo siquiera... ¿Por qué no me contaste la verdad después?

—No podía, Jerry, compléndelo... Yo recibo órdenes y tengo que cumplirlas.

—Ya veo.

—Tengo que redactar un informe y entregar esas fotos. Luego, esta noche, te demostraré que no te engatusé, como tú dices. ¿Conforme?

—Okey.

Paul intervino secamente:

—Será mejor que la acompañe —ofreció—. Aunque haya muerto Chernoff no estoy dispuesto a consentir que esto vuelva a embrollarse. Al primero que se acerque a usted cuando salgamos de aquí le meto un plomo en los sesos. Después ya le preguntaremos qué es lo que quería.

—Pues empieza a bajar las escaleras, Paul —dije—. Yo tengo que despedirme de ese federal.

—Comprendo.

Salió. Roxy vino a mí y yo fui a ella.

—¿Esta noche? —susurró, los labios muy cerca de los míos

—Esta noche —afirmé.

El beso fue un anticipo del paraíso que ella me ofrecía. Habíamos alcanzado la paz y con ella la felicidad total.

Pero había que esperar a la noche.

Ella se fue. Yo quedé esperando.

Valía la pena de esperar... por una mujer como Roxy.

FIN



EL TIGRE DE ARIZONA

por Raf Segrram

Más que tigre, hubiérase dicho un pulpo inmenso, cuyos tentáculos se extendieran hacia los cuatro puntos cardinales. Y aunque nadie pusiera en duda que era el más repugnante de los criminales, la verdad es que al amparo de su nombre no pocos malhechores cometían sus fechorías.

Pero esta vez el caso era más complejo, pues aunque el "tigre" no había sido el autor material de la tragedia, guardaba estrecha relación con la misma



Aparecerá la próxima semana en la
colección **ASES DEL OESTE** * * * *

EL FIN DEL MUNDO



Quizá la fecha esté muy próxima a nosotros. Los científicos que trabajan para la guerra pueden provocar la hecatombe final.

Basta con que alguien oprima un botón en Washington o en Moscú.



MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

LOS ANTEPASADOS DEL HOMBRE

¿DESCIENDE
EL
MONO
DEL
HOMBRE?



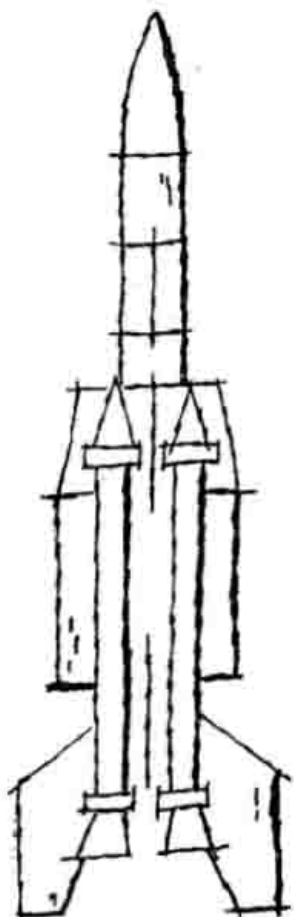
De ello está seguro
el profesor Bonfanti.
(Y presenta pruebas).
Pero, ¿no afirmaban
los darwinistas que es
el hombre quien des-
ciende del mono?

**MARABU
ZAS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Los cohetes

WIM DANNAU



Los actuales cohetes son un anticipo del mundo futuro: niños mimados de la técnica, armas poderosas, vehículos ultrarrápidos, naves del espacio, con ellos toman cuerpo los más audaces sueños del hombre.

La clara y sintética exposición del presente volumen constituye el primer testimonio de la Era que acaba de empezar.

Aquí están todos los modelos de cohetes que hoy se conocen, desde el proyectil antitanque al coloso que pone en órbita un satélite artificial.

Un catálogo que mañana servirá a la historia.

**MARABU
ZAS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"

867 — María Morgan

DESPRECIO

COLEC. "MADREPERLA"

763 — Carlos de Santander

LA NOCHE DEL VIERNES

COLECCION "ROSAURA"

707 — Amparo Lara

POR ACUERDO DEL

DESTINO

COLECCION "AMAPOLA"

593 — Isabel Salueña

EL AMOR MANDA

COLECCION "ALONDRA"

528 — Mary Vidal

NO ME COMPADEZCAS

COLECCION "CAMELIA"

469 — Corín Tellado

EL DESTINO DE PAULA

COLECCION "CORAL"

168 — Corín Tellado

EL ORGULLO DE MILADY

COLECCION "CORAL"

263 — Corín Tellado

SE SOLICITA ENFERMERA

COLECCION "CORAL"

20 — Corín Tellado

ERES MI ESPOSA

COLECCION "BISONTE"

808 — O. C. Tavín

EL INVENCIBLE

Col. "SERVICIO SECRETO"

672 — Silver Kane

EL HIJO DE LA NIEBLA

COLECCION "BUFALO"

505 — A. Rolcest

HUMO EN LA

MADRIGUERA

COLECCION "CALIFORNIA"

352 — Orland Garr

DONDE LA LEY

NO IMPERABA

COLECCION "TEXAS"

373 — M. Lafuente Estefanía

AGENTE ESPECIAL

COLECCION "COLORADO"

297 — M. Lafuente Estefanía

SANGRE DEL NORTE

COLECCION "KANSAS"

263 — Raf Segrarram

ALTO SACRIFICIO

COLEC. "BRAVO OESTE"

127 — John Lack

FUGA HACIA LA TUMBA

COL. "SELECCIONES S. S."

39 — Keith Luger

EL HOMBRE QUE NO ERA

NADIE

COL. "ASES DEL OESTE"

215 — Fidel Prado

BEM, EL TERRIBLE

Col. "HEROES DEL OESTE"

245 — M. Lafuente Estefanía

NAVIDAD DE PISTOLERO

COLEC. "PUNTO ROJO"

61 — Burton Hare

¿ES PELURROJA LA

MUERTE?

Las obras más selectas, los autores más populares, la presentación más sugestiva, los hallará siempre en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera Argentina
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO
DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Istacchuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este.
número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 133 - ASUN-
CION.

PERU: "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegúa, 336
LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te, 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.480
MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.

veterano tiene eso
un veterano sabor



VETERANO
ES DE
OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8^º ptas. • Impreso en España - Printed in Spain